NAM

CRONICA DE LA GUERRA DE VIETNAM 1965-1975

OBRA COMPLETA
EN 20 FASCICULOS

13

9 788439 507673 1001 013

H. SANABRIA D.G.P.
SUSCRIPCIONES NO
VALIDAS EN LA REPUBLICA ARGENTINA
A 3700

330 PTAS.
SIN IVA

PLANETA-AGOSTINI

CAPÍTULO 75

Los combates por la Colina de la Hamburguesa no fueron los peores de la guerra ni las bajas fueron tantas. Sin embargo, después de esta batalla las fuerzas de tierra norteamericanas no llevaron a cabo más acciones a gran escala y la responsabilidad recayó en el Ejército sudvietnamita

HAMBURGER HILL

La mañana del 11 de mayo de 1969, la Compañía B del 3.er batallón del 187.º Regimiento de Infantería, que formaba parte de la 101.ª División Aerotransportada avanzaba cautelosamente hacia la ladera norte de la Cota 937. Se trataba de un ejercicio de reconocimiento de rutina. Sabían que el enemigo debía estar en alguna parte.

De pronto el monte hizo erupción y se convirtió en una tormenta de fuego de ametralladora que fluía de casamatas ocultas, derribando a todo aquel que no atinó a echarse cuerpo a tierra con suficiente rapidez. Sus compañeros respondieron al ataque con sus M16 y sus armas ligeras contracarro antes de retirarse a una distancia más segura, colina abajo, con los heridos. La Compañía B había localizado al enemigo, y su fuerza. Ahora, todo lo que tenía que

OPERACIÓN "APACHE SNOW"

Popperfoto A.P.

D, formaban el 3.er Batallón del 187.º Regimiento de Infantería, que integraba, con el 1.er Batallón del 506.º de Infantería y el 2.º Batallón del 501.º de Infantería, la 3.ª Brigada de la 101.ª División Aerotransportada. Su misión, denominada "Apache Snow" (Nieve Apache), era evitar que las tropas del Ejército de Vietnam del Norte y el Vietcong se infiltraran por la Ruta Ho Chi Minh, a través del embudo natural de 50 km de largo formado por el valle de A Shau, cerca de la frontera laosiana, al noroeste de Vietnam del Sur. El valle consiste en un terreno ondulado cubierto de espadaña. Está protegido por un cerco de colinas escalonadas, una de las cuales era la Cota 937, número que corresponde a su altura en metros. Era un pico abrupto y de bosque denso, cubierto de vegetación verde y brillante y cañas de bambú. Los vietnamitas la llamaban Dong Ap Bia y muy pronto el mundo la conocería como "La Colina de la Hamburguersa" (*Hamburguer Hill*).

El comandante del 3.er Batallón era el teniente coronel Weldon Honeycutt, también conocido como "Blackjack". Era un buen oficial, respetado por sus hombres. Sólo tenía un fallo: se regía demasiado por los manuales y obedecía las órdenes de sus superiores sin hacer preguntas. Y fue precisamente esta característica la que hizo que, al finalizar el combate por la Colina de la Hamburguesa, la tropa llegara a poner precio a su cabeza.

Carnicería y retirada

Durante toda aquella primera tarde y noche llovieron bombas y granadas sobre las posiciones del Ejército nordvietnamita. A la mañana siguiente —12 de mayo— los soldados pensaban que si había quedado algún vietcong en las laderas de la colina hacer era fijar su posición y pedir apoyo aéreo para quitarse de encima aquella basura.

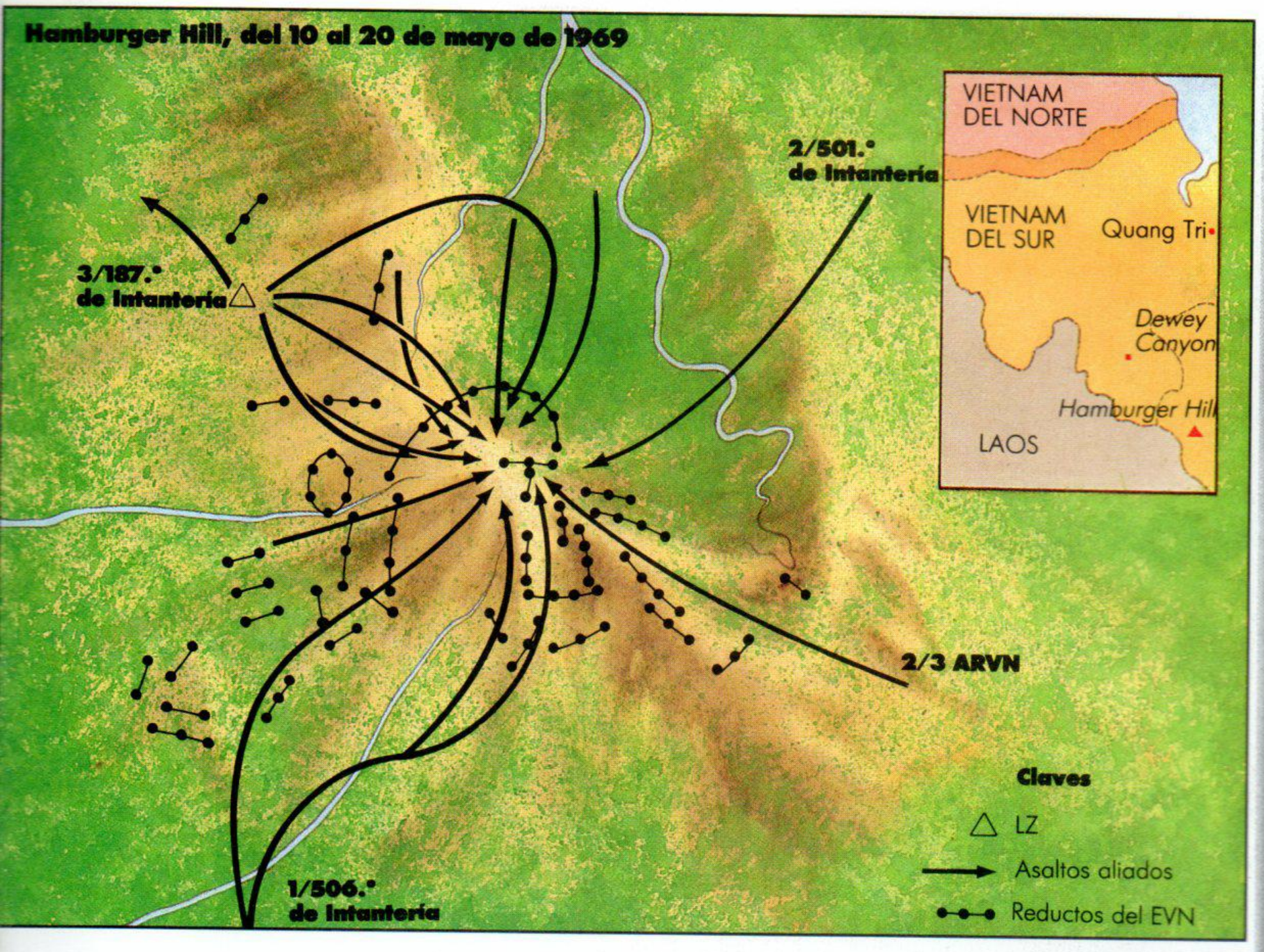
Efectivamente, unos minutos más tarde, la base artillera de Ta Bat respondió a la llamada y los proyectiles de 105 mm comenzaron a zumbar sobre las cabezas de los soldados antes de machacar la ladera superior de la colina. Luego, aviones de la Fuerza Aérea volaron a través de la nube de humo para arrojar bombas incendiarias de alto poder explosivo sobre las casamatas ocultas.

Cuando cesó el bombardeo, acabar con los restos del enemigo debía ser tarea fácil. Pero cuando la Compañía B volvió hasta la cima de la colina, se encontró nuevamente con una implacable lluvia de fuego. Lo único que podía hacer era retirarse, volver a llamar a la aviación y decirle que liquidaran por completo aquellas casamatas, pero totalmente.

La Compañía B, junto con las Compañías A, C y

En la página anterior: El descenso al infierno; la tropa llega en helicóptero a la zona de aterrizaje. Arriba: Un cohete del EVN explosiona justo detrás de un paracaidista de la 101.ª División Aerotransportada. Arriba, derecha: Pensando en la futilidad de todo aquello.

CAPÍTULO 75



Derecha: Empapado y dolorido, un soldado herido permanece a la espera de ser evacuado de la Colina de la Hamburguesa. La tormenta del 18 de mayo fue una más de las trastadas que el destino hizo a los desafortunados paracaidistas de la 101.ª División Aerotransportada durante la batalla que luego ganaría una espeluznante notoriedad.

A.P.

LA CAMPAÑA DEL VALLE DE A SHAU

Inmediatamente después de las espantosas secuelas de la Ofensiva del Tet en 1968, el general Westmoreland decidió enviar fuerzas al valle de A Shau, una de las regiones más inhóspitas de Vietnam del Sur, cerca de la frontera laosiana, en la provincia de Thua Thien. Convencido de que aquella había sido una de las principales zonas de concentración para el Tet.

No obstante, la operación subsiguiente, denominada "Delaware", no logró su objetivo. Cuando las tropas de la 1.ª División de Caballería (Aeromóvil), apoyadas por el Ejército de Vietnam del Sur, sobrevolaron en helicóptero el valle, el 19 de abril, se encontraron con una fuerte defensa antiaérea pero poca oposición en tierra. En agosto se llevó a cabo una segunda operación ("Somerset Plain"), en la que los hombres de la 101.ª División Aerotransportada exploraron el valle. Pero tampoco esta vez el Ejército de Vietnam del Norte respondió al ataque.

A principios de 1969, los servicios de información de la MACV comenzaron a detectar una renovada actividad del EVN en el valle y, el 1 de marzo, la 101.ª Aerotransportada fue nuevamente movilizada, esta vez en la operación "Massachussets Striker". Las bases de ataque se instalaron a lo largo del borde de A Shau y la 101.ª utilizó helicópteros para ocupar las posiciones clave. También esta vez se descubrieron depósitos de suministros, pero hubo muy poco contacto con el enemigo. Así, cuando comenzó la cuarta operación "Apache Snow" a principios de mayo, los hombres de la 101.ª, junto con los miembros de la 9.ª de Marine y del 3.er regimiento del Ejército de Vietnam del Sur, pensaron que se repetiría el mismo tipo de maniobra. Por eso, el hecho de que no fuera así y el EVN decidiera responder al ataque, defendiendo la cota de Ap Bia del ataque norteamericano durante 10 días, fue una verdadera sorpresa, agravada por el hecho de que, a pesar de las numerosas bajas norteamericanas, la Colina de la Hamburguesa fue abandonada y la Operación "Apache Snow" se suspendió a principios de junio.

UN NUEVO EQUIPO, ¿UN NUEVO JUEGO?

Cuando se supo con certeza que Richard Nixon sería el próximo presidente que entraría en el Despacho Oval, los analistas políticos pronosticaron un cambio de estrategia.

"No pienso optar, ni aceptaré la nominación de mi partido para otro mandato de presidente." La guerra de Johnson acabaría pronto. En julio de 1968, tres meses después de que Johnson hiciese este anuncio, el general Westmoreland fue nombrado Jefe del Estado Mayor del Ejército. Había ahora un nuevo hombre al timón de la MACV, el general Creighton Abrams. Hasta principios de 1968, el papel de las principales unidades de Estados Unidos parecía bastante claro: "mantener el cerco" en Vietnam del Sur. Pero ahora, después de la ofensiva del Tet, estaba claro que era necesaria una urgente reevaluación de la estrategia de Estados Unidos.

Johnson había rechazado un nuevo mandato argumentando que "quería mantenerse por encima de las divisiones del partido" y dedicarse a tratar de conseguir una paz honrosa. Durante las últimas semanas de 1968, el candidato ganador, Richard Milhous Nixon, esperaba entre bastidores. Nixon había decidido adoptar una política más flexible con respecto a la guerra, reconociendo que Vietnam no podría ganarse sólo con la fuerza de las armas y creyendo que la Unión Soviética y China estaban dispuestas a apoyar una negociación pacífica y constructiva.La investidura tuvo lugar el 20 de enero de 1969 y Nixon comenzó su mandato organizando un equipo de consejeros para implementar la siguiente estrategia: aunar el repliegue de las tropas norteamericanas con la diplomacia con el objetivo de lograr la paz de una forma honrosa. Henry Kissinger, maestro de la intriga diplomática, es nombrado consejero nacional de Seguridad. Al nuevo secretario de Defensa, Melvin Laird, se le encomienda la tarea de trabajar con Abrams en la ejecución de un programa de retirada de las tropas que iría combinando con la gradual entrega de la continuación de la guerra al Ejército de Vietnam del Sur, política conocida como "vietnamización". Mientras Johnson y Westmoreland habían sido acusados por su torpeza en el intento de encontrar una solución a la guerra, Nixon y su equipo parecían dispuestos a llevar el conflicto hacia una nueva etapa. Cuando, en julio de 1969, se produjeron las primeras retiradas de tropas de Vietnam, el curso de la guerra comenzó a cambiar.

Hermanos en armas. Izquierda: Sin pensar en el lodo y la lluvia, un paracaidista intenta desesperadamente mantener con vida a un compañero gravemente herido. Arriba: Asistencia a los heridos en el castigado campamento base. Las numerosas bajas entre los hombres de la 101.ª División Aerotransportada durante los 10 días de combate por la Colina de la Hamburguesa fueron la consecuencia de tener que atacar las posiciones del EVN con una cobertura mínima.

A.P.

CAPÍTULO 75

Popperfoto

A.P.

no estaría en condiciones de pelear. Pero se equivocaron.

Los soldados se encontraron, tal como recuerda el cabo Jimmy Spears, con "una auténtica basura": granadas cohete, fuego automático y mortíferas minas Claymore colgadas de los árboles y los matorrales. Fue una carnicería y la Compañía B se vio forzada una vez más a retroceder. La unidad comenzó a preparar una nueva zona donde evacuar los heridos cada vez más numerosos. De nuevo se pidió apoyo aéreo y, una vez más, la aviación y la artillería arremetieron sin piedad contra las posiciones enemigas a lo largo de todo el día y la noche. Era sólo el principio de la pesadilla.

El fracaso del ataque

Los problemas principales eran dos. En primer lugar, la forma en que el enemigo —los Batallones 7.º y 8.º del 29.º Regimiento del Ejército de Vietnam del Norte— había desplegado sus forticaciones, las cuales, construidas a ras de suelo y escondidas bajo un denso manto de vegetación, no sólo eran prácticamente indestructibles sino que además estaban dispuestas de tal modo que sus fuegos convergían y se cruzaban cubriendo todos los accesos por la ladera de la montaña. El otro problema era que todos los refugios y escondites de la Cota 937 estaban siendo destruidos por bombas arrojadas por los aviones. Los hombres del 187.º Regimiento no tardaron en darse cuenta de que si seguían atacando ya no sería cuestión de si morían o no, sino de cuándo.

Pero siguieron atacando, día tras día, inútilmente, y las bajas aumentaron. El 13 de mayo llegó nuevamente el turno de la Compañía B que, junto con la Compañía C, debía intentar llegar a la cima de aquella montaña escarpada y llena de cicatrices. El ataque duró sólo 30 minutos, hasta que fue repelido con cohetes y un virulento fuego automático. Los soldados tuvieron otras 37 bajas. Al día siguiente, las Compañías B, C y D iniciaron la escalada por separado, en diferentes ejes de avance. Era la tercera vez que los hombres de la Compañía B avanzaban hacia el enemigo desde el comienzo de aquella acción.

Esta vez el ataque acabó cuando el comandante de la Compañía C, que estaba al mando, resultó herido y su radio dejó de emitir. La Compañía C emprendió la retirada y el ataque se hizo pedazos.

Otra retirada, otro bombardeo, otra noche a la escucha, en espera del amanecer o de una bala con tu nombre inscrito en ella. Pero ya se empezaba a ver que nada podría con aquellos bastardos. Todo aquello comenzaba a tener visos de horrible danza de la muerte.

El día 15 de mayo por la mañana, llegaron los demás elementos de la 3.ª Brigada, junto con un batallón del 3.er Regimiento del Ejército de Vietnam del Sur, para reforzar al 187.º. Pero esto no proporcionó un respiro a las debilitadas filas de la Com-

Arriba: Dos paracaidistas observan ansiosamente el cielo buscando un helicóptero para evacuar los heridos. La sangrienta batalla de la Colina de la Hamburguesa demostró que, a pesar de que la suerte estaba echada, los hombres de la 101.ª División cumplían su trabajo, pese a sentirse desmoralizados y con deseos de rebelarse.

pham

Los médicos atienden a un soldado herido en el rostro por una granada de mano. Fueron fotografías como ésta las que pusieron en cuestión la estrategia militar de Estados Unidos en Vietnam. El senador Edward Kennedy señaló que la Colina de la Hamburguesa carecía de valor estratégico y calificó el ataque de "insensato e irresponsable".

pañía B. Junto con la Compañía A, se alejaron buscando desesperadamente algún trozo de terreno en el que las bombas no hubiesen destrozado todo abrigo posible. Con los helicópteros cubriendo su avance y las constantes salvas de cohetes cayendo sobre las posiciones enemigas, lograron avanzar. Era una marcha lenta y dolorosa, sobre todo porque la noche anterior los vietcong habían colocado minas Claymore en torno a sus defensas. Pero, poco a poco, las casamatas fueron cayendo de una en una.

Masacrados por el fuego propio

De pronto, apareció a la vista la cima de la Cota 938 y los soldados sobrevivientes empezaban a soñar ya con una victoria cuando ocurrió el desastre. Un helicóptero cañonero atacó equivocadamente a la Compañía B, distribuida por toda la ladera de la colina, sobre la que disparó con sus cohetes y ametralladoras. Había cuerpos por todas partes y los mutilados que gritaban desde el suelo. Después de todo aquello, después de toda la mierda que habían tenido que soportar durante los últimos cinco días, un idiota había metido un gol en su propia puerta.

Unas horas mas tarde, el cuartel general del batallón fue alcanzado por los RPG del enemigo y Honeycutt resultó herido: su tercera herida en batalla. Rechazó la oferta de evacuación. A muchos de sus hombres les hubiera importado muy poco que "Blackjack" tuviera que ser evacuado, aunque fuera muerto dentro de un saco.

El 17 de mayo fue un día de descanso. Se mantuvo un bombardeo continuo —complementado con gases lacrimógenos— sobre las defensas del enemigo durante las 36 horas siguientes y se suministró a las tropas chalecos antibala superpesados. Además de ser prácticamente imposible llevarlos puestos con aquel calor sofocante, habían llegado con una semana de retraso.

Ya hacía una semana que estaban atacando la Cota 937. Cada día habían enviado más tropas, más armas y no habían conseguido nada. El 18 de mayo hubo un ataque frontal a cargo de dos batallones completos, el 3/187.º y el 1/506.º. Llenos de desesperación y rabia, los soldados asaltaron las posiciones nordvietnamitas y se abrieron paso hasta la cima. Una vez más intervino el destino. Una repentina tormenta se abatió sobre la colina, frenando a los atacantes. La visibilidad era nula, pero lo peor era que los continuos bombardeos habían reducido la superficie de la colina a un montón de polvo blando y estéril. La lluvia no tardó en convetirlo en lodo líquido sobre el cual los soldados no podían ni caminar. De repente, recibieron el ataque de cientos de granadas y minas detonando por el enemigo dentro de su propio perímetro. Otra vez se ordenó la retirada.

Resignados a morir

La insensatez de la situación en que se encontraban, combinada con la baja moral general de los últimos meses, estaba provocando una actitud rebelde entre los pocos miembros del 187.º que quedaban. Un soldado recuerda: "En la Compañía Bravo había muchos que pensaban negarse a subir allí una vez más. El estado de ánimo siempre había sido muy bajo, pero nunca tanto (...) porque sentíamos que todo aquello no tenía ningún sentido". Un hombre herido se quejaba: "Ese maldito «Blackjack» no parará hasta que no haya acabado con todos y cada uno de nosotros".

Así que el día 20 de mayo, al amanecder, prevalecía un resignado fatalismo en el ambiente. Pero la suerte había cambiado. Se organizó un ataque combinado de los cuatro batallones. Una vez más, alcanzaron la cima de la colina. El enfrentamiento de casamata en casamata era tan intenso que el apoyo aéreo era inútil. Sin embargo, esta vez, no hubo retirada. Al final del día, los hombres del 187.º tenían bajo control lo que quedaba de la Colina de la Hamburguesa.

El coronel Honeycutt no podía estar más agradecido con sus tropas: "Adoro a cada uno de mis chicos, todos cumplieron con su deber".

Alrededor de 80 soldados perdieron la vida durante aquellos días en el infierno y más de 400 resultaron heridos. Cuando la colina estuvo bajo control, después de registrar y destruir las casamatas enemigas, las tropas abandonaron el lugar. En un trozo de cartón, clavado a un árbol junto con un pañuelo negro de la 101.ª, un soldado desconocido había escrito un mensaje: "¿Merecía la pena?".

CAPÍTULO 76

Topham

MY LAI

En setiembre de 1969, el teniente William Calley fue acusado de horrorosos crímenes de guerra que causaron una profunda conmoción entre la opinión pública estadounidense. Pero, como ya se sospechaba, ¿era el caso de Calley sólo la punta del iceberg?

La mañana del 16 de marzo de 1968, tres compañías de la 11.ª Brigada de Infantería iniciaron una operación de búsqueda y destrucción en el área de My Son. El objetivo de la Compañía C era el 48.º Batallón del Vietcong, que según los servicios de inteligencia tenía su base en una aldea conocida en los mapas militares estadounidenses con el nombre de My Lai-4. Los norteamericanos comenzaron lanzando un ataque heliportado.

No encontraron resistencia en la zona de aterrizaje y, por lo tanto, el capitán Ernest L. Medina envió a las Secciones 1.ª y 2.ª al poblado. Al ver la llegada de los norteamericanos, algunos aldeanos comenzaron a correr y fueron abatidos a tiros. La 2.ª Sección arrasó la mitad norte de My Lai-4, arrojando granadas dentro de las chozas y matando a todo el que saliera de ellas. Violaron y asesinaron a las jóvenes del poblado, rodearon a los civiles y los mataron.

Media hora después, Medina envió a la 2.ª Sección al poblado de Binh Tay, donde violaron a más jóvenes antes de capturar entre 10 y 20 mujeres y niños para asesinarlos.

La matanza de los inocentes

Mientras tanto, la 1.ª Sección, bajo las órdenes del teniente William L. Calley Jr., arrasó la zona sur de My Lai-4, disparando a todo el que intentaba escapar, asesinando a otros con las bayonetas, violando mujeres, matando al ganado y destruyendo los cultivos y las casas. Los sobrevivientes fueron reunidos y apiñados dentro de una acequia de desagüe. En ese momento, el teniente Calley abrió fuego contra los indefensos aldeanos y ordenó a sus hombres que hicieran lo mismo. Descargaron una lluvia de balas sobre aquella montaña de carne humana hasta que todos los cuerpos quedaron completamente inmóviles. Entonces, como por milagro, un niño de dos años salió gateando entre los cuerpos, llorando. Calley lo empujó y disparó sobre él.

Media hora más tarde, la 3.ª Sección entró en acción para terminar de liquidar al "enemigo". Mataron a los aldeanos heridos para evitarles el sufrimiento, quemaron las casas, dispararon sobre el ganado que aún quedaba vivo y sobre cualquiera que intentara escapar; luego reunieron a un grupo de mujeres y niños y acribillaron sus cuerpos con balas de M16.

En total, murieron entre 172 y 347 personas, todos ellos ancianos, mujeres y niños desarmados. El capitán Medina informó que habían contado 90 cuerpos de vietcong no civiles. El oficial de prensa de la división anunció que se había dado muerte a 128 enemigos, detenido a 13 sospechosos y ¡capturado tres armas! Era un día más en Vietnam.

El problema fue que dos periodistas, el fotógrafo Ronald Haeberle y el periodista del Ejército Jay Roberts, habían sido asignados a la sección de Calley. Habían sido testigos de la masacre. Una mujer había recibido tantas ráfagas que sus huesos habían saltado en astillas. Otra mujer fue muerta a tiros y su bebé destrozado con M16, mientras otro bebé era atravesado con una bayoneta. Un soldados que acababa de violar a una joven, le metió el cañón de su M16 en la vagina y apretó el gatillo. Un anciano fue arrojado a un pozo con una granada. Tenía dos opciones: ahogarse o saltar por los aires. Un niño que

¿UN BUEN EQUIPO?

En la guerra, los soldados deben depender de sus oficiales para que les guíen. Pero ¿consiguieron los altos mandos militares norteamericanos integrar en sus filas a hombres con una preparación suficiente durante la guerra de Vietnam?

Entre 1965 y 1968, en un esfuerzo por cubrir la demanda de Vietnam, se produjo una expansión del Ejército de Estados Unidos, que aumentó sus fuerzas de 950 000 a 1 550 000 hombres. Esta expansión creó grandes problemas puesto que el Ejército tenía demasiados oficiales. En 1972, había un oficial por cada 5,7 hombres, lo que representaba un aumento de alrededor del 100 % comparado con la proporción de 1945 y del 59,9 % desde 1965. A este problema se sumaban la política de rotación, según la cual el servicio de un oficial debía limitarse a seis meses al mando de una unidad en combate, y la negativa de Washington a convocar la reserva del Ejército o la Guardia Nacional. En consecuencia, había una constante demanda de nuevos oficiales y suboficiales mientras el sentimiento antibélico aumentaba sin cesar en Estados Unidos y, por tanto, los reclutamientos eran cada vez menos.

Solamente un 7 % de los oficiales que había en Vietnam en 1967 eran graduados en West Point, un porcentaje bajísimo comparado con los graduados en los 268 Cuerpos de Adiestramiento de Oficiales de Reserva en los campus de universidades y colegios. No obstante, los reclutamientos en estos programas disminuyeron abruptamente de 232 000 en 1965 a 216 000 en 1967. En 1972, los reclutamientos fueron sólo 73 000. La mayoría de los que se alistaban en el Ejército abandonaban después de dos o tres períodos de servicio en el frente y declinaban la oportunidad de completar una carrera a largo plazo. En consecuencia, el Ejército tuvo que recurrir a sus propias escuelas de cadetes, integradas principalmente de los de clases sociales más bajas y menor nivel de educación.

El teniente William Calley, por ejemplo, era un producto de estas escuelas. Incluso su propio abogado defensor comentó que a Calley no se le habría encargado una misión en el Ejército de no haber sido por la escasez de oficiales durante la guerra de Vietnam. En cierto sentido, no era la instrucción sino la calidad de quienes la recibían lo que deterioró las dotes de mando del Ejército, si bien el tipo de instrucción iba más encaminada a formar gestores modernos que los caudillos gladiadores del pasado. No obstante, en el caso de los suboficiales, la alarmante falta de calidad estaba provocada sobre todo por los cursos acelerados cuyo objetivo era transformar civiles en sargentos en unas 21 semanas de instrucción. Incluso así, la cantidad de suboficiales no era suficiente y muchas patrullas estaban mandadas por cabos. El inevitable resultado de esta situación era un liderazgo inexperto y permisivo entre los oficiales jóvenes y suboficiales. Posteriormente, en vista de la guerra de Vietnam, el Ejército comenzó a poner énfasis en la necesidad de una mejor instrucción en "ética de mando".

Topham

En la página anterior: Ataque heliportado. Izquierda: Calley llega a testificar acompañado del abogado defensor (izquierda) y el fiscal. Arriba, derecha: Los periódicos dan a conocer la noticia a todo el mundo.

escapaba de la masacre fue derribado de un disparo. El suboficial Hugh C. Thompson, piloto de un helicóptero de observación, comenzó a lanzar granadas fumígenas para que pudiera localizarse a los civiles heridos y evacuarlos. Cuando vio que sus compañeros en tierra se guiaban por el humo para llegar hasta los heridos y rematarlos, se quedó atónito.

Gradualmente, las noticias se fueron divulgando. Los hombres de la Compañía C pregonaban orgullosos su victoria en My Lai. Los vietcong distribuyeron panfletos denunciando aquella atrocidad y el Ejército investigó con indiferencia los rumores de la masacre que se habían difundido a través de toda la cadena de mando, pero se decidió que no había fundamentos suficientes para una investigación. Un soldado, Ronald Ridenhour, oyó también los rumores de la masacre y se interesó por el caso. Reunió a algunos miembros de la Compañía C, entre los que se encontraba el objetor más destacado de aquella atrocidad, Michael Bernhardt. A medida que llegaban los informes, la euforia inicial de la gran victoria se iba diluyendo y muchos de quienes tomaron parte en ella comenzaron a preguntarse cómo podrían vivir con aquello que habían hecho cuando volvieran al "Mundo". Sabían que no podían tomar ninguna medida sin provocar que se les acusara de asesinato, pero deseaban hablar con Ridenhour.

Ridenhour reunió las declaraciones, aunque estaba seguro de que si las presentaba al Ejército se volvería a realizar una investigación superficial y otra vez todo quedaría encubierto. No obstante, cuando volvió a casa después de su período de servicio, se dio cuenta de que le era imposible olvidar todo lo qu había oído. Así que escribió una carta describiendo los testimonios que había reunido y envió 30 copias a los políticos más importantes.

El congresista Morris Udall, de Arizona, presionó al Ejército para que enviara un equipo de investigadores a entrevistarse con Ridenhour. Seis meses más tarde, y unos 18 meses después de la matanza, el teniente Calley fue acusado de asesinato.

Ni siquiera sabía leer un mapa

Calley era un muchacho normal. Un tasador de seguros de San Francisco que se dirigía a su Miami natal, donde había sido alistado, cuando se quedó sin dinero en Albuquerque y decició enrolarse allí mismo.

Recibió la instrucción básica en el Fort Bliss (Texas), fue a la escuela de administración en Fort Lewis (Washington) y luego a la escuela de oficiales en Fort Benning (Georgia), donde hizo muy poco que le distinguiera. Se graduó sin saber siquiera leer correctamente un mapa. Antes de partir, le pidieron que pronunciara un discurso de tres minutos sobre "Vietnam, nuestro anfitrión". Dijo que las tropas norteamericanas no debían insultar o atacar a las mujeres y que debían ser corteses, pero el resto fue muy confuso.

No le bastó esa deficiente instrucción para enfrentarse a aquel vacío moral llamado Vietnam. Se encontró que no era capaz de controlar a sus propios hombres ni de resistir la creciente presión de sus superiores para los recuentos de víctimas.

El problema era que ni él ni sus hombres conseguían encontrar ningún vietcong. Calley dijo que

Battle on Credit Card Crooks
Los Angeles Times
TUESDAY
FINAL
RACING
RESULTS-ENTRIES
VOL. LXXXVIII
FIVE PARTS—PART ONE
TUESDAY MORNING, NOVEMBER 25, 1969
90 PAGES
DAILY 10¢
TRIAL ORDERED IN
CIVILIAN MASSACRE
Officer Charged With Murder
of Viet Men, Women, Children
NEW
Th
Fi
Calley gets life!
Could be paroled after 10 years
CHICAGO DAILY NEWS
The Complete Evening Newspaper
96th Year, Number 76
52 Pages in 4 Sections
Wednesday, March 31, 1971
10 Cents
Phone 321-2000
Final Markets
Red Streak
Stocks Up
Salutes,
remains
silent
By William J. Eaton
Staff Writer
FORT BENNING, Ga
military jury sentence
William L. Calley Jr. to
term in prison Wednesd
premeditated murder
least 22 residents of My
The jury also order
ley's dismissal from the
and forfeiture of all
and allowances.
It could have senten
to death.
CALLEY, standing
tion while the senten
Deny Hoffa parole

una prostituta con la que tenía relaciones mostraba tendencias comunistas y esto le preocupaba: "¿Debía matarla?". Pero, luego, en el campo de batalla, no había encontrado ninguno. Su ineptitud durante las emboscadas era tal que alertaba al enemigo a varios kilómetros de distancia. Y, cuando patrullaba, sus hombres siempre resultaban heridos.

Patrullando cerca de My Son en febrero, el operador de radio de Calley murió de un disparo. Durante tres días, la Compañía intentó penetrar en My Son pero tuvo que retroceder. Dos hombres murieron a causa de trampas explosivas y otro por heridas de bala de un francotirador. La patrulla se había metido en un nido de trampas explosivas pero, cuando ya habían logrado salir ilesos de allí, dos hombres más murieron por los disparos de una ametralladora.

Volaban extremidades por los aires

En su siguiente misión, iban hacia el punto de reunión cuando una explosión quebró la tranquilidad de la mañana y se oyó el grito de un hombre. Hubo otra explosión y otro grito. Luego, otra detonación más y otra y otra más.

Habían entrado en una zona minada y, mientras los hombres corrían a ayudar a sus compañeros heridos, se producía una explosión tras otra. Los cuerpos destrozados volaban por los aires, los enfermeros iban de un cuerpo a otro y las explosiones eran cada vez más. Aquello continuó durante dos horas, dejando 32 hombres muertos o heridos.

El 4 de mayo, la compañía recibió una salva de granadas de mortero y la mayor parte de los objetos personales de los soldados fueron destruidos. Diez días más tarde, dos antes del ataque a My Lai, cuatro hombres —entre los que se encontraba uno de los suboficiales de menos experiencia de la compañía— volaron en pedazos al caer en una trampa explosiva. En 32 días, la Compañía C, integrada por unos 100 hombres, sufrió 42 bajas, sin haber prácticamente visto al enemigo.

Calley también había visto atrocidades cometi-

MY LAI

En una amplia operación llevada a cabo por la Agrupación de Fuerzas Barker (bajo las órdenes del teniente coronel F. Barker), la Compañía del 1/20.° de Infantería se dirigió a Lai 4, un poblado en el distrito de Son Tinh, provincia de Quang Ngai, con el propósito de batir la zona.

Mandada por el capitán Ernest L. Medina y bajo la dirección del teniente coronel O.K. Henderson y del general de división S.W. Koster, la Compañía se dirigía a un conocido asentamiento del 48.° Batallón del Vietcong; se esperaba una fuerte oposición y no se haría ninguna advertencia.

Se esperaba que los civiles hubieran evacuado la zona y Medina se encargó de no dejar ninguna duda entre sus hombres de que su misión era destruir fuerzas del Vietcong. Cuando los helicópteros aterrizaron a las 07, 30 del día 16 de marzo, se creó gran confusión al no recibir ninguna respuesta: nadie les disparó. Al arrasar el poblado, a menos dos grupos nutridos de civiles fueron exterminados a sangre fría. Sólo había tres vietnamitas conocidos en un total de entre 172 y 347 muertos. Los factores que contribuyeron en aquel momento fueron el "síndrome de fobia" contra los vietnamitas, la expectativa de pérdidas y la actitud permisiva e inexperta de los oficiales.

El informe de Medina, que hablaba de 90 vietcong muertos y sólo una baja norteamericana (un soldado que se infligió él mismo su herida) deberían haber despertado sospechas, y tanto Barker como Henderson habían sobrevolado el terreno a una distancia desde la cual deberían haberse dado cuenta de que algo iba mal. Koster sabía que habían mueto, por lo menos, 28 civiles, pero decidió no abrir ninguna investigación.

El intento de ocultar lo ocurrido fracasó cuando un ex combatiente de Vietnam que trabajaba como periodista, Ronald Ridenhour, comenzó en abril de 1969 a investigar los alegatos de la masacre de "Pinkville". Su trabajo condujo al establecimiento de la Investigación Peers en noviembre de 1969 que, finalmente, consideró a 30 hombres culpables de incumplimiento del deber o de comisión de un delito. De 16 acusados, cinco fueron procesados en consejo de guerra y sólo William L. Calley fue declarado culpable.

Topham

Izquierda: El presidente del Comité de Servicios Armados de la Casa Blanca, L. Mendel (centro), que, el 12 de diciembre de 1969, ordenó una investigación detallada, que fue dirigida por el senador F. Goward Herbert (derecha). A la izquierda, el senador Leslie Arends, un miembro republicano del comité.

das por los vietcong. Una noche, los vietcong capturaron a uno de sus hombres y estuvo oyendo sus gritos durante toda la noche a menos de 30 m de distancia. Calley pensó que los vietcong debían tener altavoces, pero no. Le habían despellejado vivo, dejándole sólo la piel de la cara; luego, le sumergieron en agua con sal y le arrancaron el pene. Calley también había visto a un jefe de una aldea destrozado moralmente después de encontrar en la puerta de su casa una tinaja de barro dejada por los vietcong, llena de un líquido que parecía salsa de tomate. Dentro había fragmentos de huesos, pelos y trozos de carne humana flotando. Era su hijo.

Había visto a soldados norteamericanos que mataban a civiles para probar su puntería o sólo por divertirse. Había oído hablar de helicópteros aburridos que se alquilaban para realizar cacerías humanas, y de soldados aburridos que iban a "cazar ardillas" en zonas de civiles. Había visto soldados norteamericanos que se disparaban sin ninguna razón y sabía que se lanzaban granadas lacrimógenas en los dormitorios de los oficiales.

El deber por encima de todo

Pero, a pesar de toda esa violencia gratuita, Calley sabía que tenía una misión que cumplir. El gobierno de Estados Unidos le había enviado a Vietnam por una razón: él estaba allí para detener el comunismo, al menos eso es lo que él creía. No sabía exactamente qué era el comunistmo, sólo sabía que era algo malo.

"Y veo a los comunistas de la misma forma que los sureños ven a los negros", dijo en una entrevista. "El haber matado a aquella gente en My Lai no me obsesiona en absoluto. No lo hice por el placer de matar. En realidad, no estábamos allí para matar seres humanos sino para matar una ideología defendida por, no lo sé, piezas, bultos, trozos de carne. Yo no estaba en My Lai para destruir hombres inteligentes, estaba allí para destruir una idea intangible".

Incluso deseaba haber podido disparar contra la ideología sin tocar las cabezas de los hombres. Por otra parte, no era él quien en realidad lo hacía. "Yo, personalmente, no maté a ningún vietnamita aquel día, quiero decir personalmente. Estaba representando a los Estados Unidos de Norteamérica, mi país". Calley creía firmemente que debía poner el deber hacia su país por encima de su propia conciencia. Incluso le preocupaba que se mataran ancianos, mujeres y niños. Él había oído que las mujeres arrojaban granadas, los niños colocaban minas y las chicas llevaban AK-47. Además, cuando los niños crecían se convertían en vietcong, como sus padres. ¿Y dónde estaban los hombres? ¿Una aldea llena de niños sin hombres? Sus padres debían ser vietcong.

De cualquier modo, lo que él había hecho ¿era acaso peor que arrojarles bombas de 400 kg o freírlos con *napalm*? También la bomba atómica había matado mujeres y niños en Hiroshima. ¿Por qué estaban armando tanto alboroto aquellos malditos *yankees*? Él no había actuado peor que el general Sherman en su marcha hacia el mar durante la Guerra Civil. Sólo se podía hacer una cosa: "La única forma de acabar con la guerra de Vietnam es poner a *todos* los monos amarillos en botes y enviarlos a mar abierto, matar a todos los vietnamitas del norte... y luego hundir los botes".

¿LA PUNTA DEL ICEBERG?

En una guerra sin frentes, donde los hombres medían sus éxitos y fracasos por el número de bajas enemigas, la muerte de civiles quizá era inevitable. Pero ¿perpetraron los soldados norteamericanos crímenes de guerra de los que no se informó?

Aunque es obvio que hubo mucha más brutalidad durante la guerra de Vietnam, los informes norteamericanos, dadas las circunstancias, no eran peores que los de muchos otros ejércitos. En muchas zonas, luchaban contra una población hostil en la que era imposible distinguir entre civiles y guerrilleros. Las minas y trampas explosivas causaban constantes muertes y no se sabía quién las había puesto. En estas circunstancias, acaso nada resultaba más tentador que vengarse en las aldeas, cuyos habitantes seguramente simpatizaban con el Vietcong o eran combatientes esporádicos. Algunos oficiales deseaban fervientemente considerar a los civiles como guerrilleros a la hora de hacer el recuento de muertos.

Estados Unidos reconocía las convenciones de Ginebra y de La Haya en lo que se refiere a la conducta en época de guerra e impuso Reglas de Combate a través de su propio Código de Justicia Militar, respetando las directrices del MACV. No obstante, no se hizo lo suficiente por propagar el conocimiento de estas ordenanzas entre los estratos más bajos del Ejército. El soldado medio nunca se familiarizó con dichas normativas. Se contaba con un mecanismo para informar de las atrocidades por medio de los superiores pero, hasta marzo de 1966, sólo se tenían en cuenta aquellas atrocidades cometidas por los vietcong contra los soldados norteamericanos. Pero, incluso cuando comenzaron a comunicarse las atrocidades de ambos bandos, se chocaba aún con la dificultad de que los propios oficiales pudieran estar implicados o no quisieran admitir su falta de control sobre los soldados.

Después de octubre de 1970, a la luz de las revelaciones sobre lo ocurrido en My Lay, los subordinados podían informar a sus superiores y, por lo general, se seguían los procedimientos indicados. No obstante, la imposibilidad de detectar todos los encubrimientos hace suponer que hubo muchos casos de los que nunca se informó. Así pues, el 79 % de todos los alegatos de crímenes de guerra realizados contra personal del Ejército norteamericano tuvieron lugar después de conocer lo de My Lai. Además, en 1971 se declaró constitucionalmente imposible entablar juicio contra antiguos militares que ya hubiesen abandonado el Ejército.

No obstante, Vietnam era una guerra de los medios de comunicación y las mayores atrocidades no se podían ocultar con grupos como el Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra, de Estocolmo y la "industria nacional de crímenes de guerra", deseosa de exponer todos los excesos cometidos por los militares norteamericanos. Excluyendo My Lai, entre 1965 y 1975, hubo 241 alegatos de crímenes de guerra contra personal del Ejército, 78 de los cuales fueron comprobados. En unos 36 casos, en los que había 61 individuos involucrados, se condenó a los acusados. En total, 201 miembros del Ejército fueron juzgados por atentar contra civiles. También 90 marine fueron declarados culpables de dicho delito, aunque los datos de la Infantería de Marina no hacen distinción alguna entre crímenes cometidos en combate o "fuera de servicio".

CAPÍTULO 76

Organizaba clases de costura

Como muchos militares norteamericanos, Calley finalmente dejó de creer en la guerra. Llegó a pensar que el razonamiento de que debía detener el comunismo en Vietnam antes de que se extendiera a Tailandia, Indonesia, Australia y, finalmente, a Estados Unidos, era como si un hombre venía a tu casa a matar a su mujer para no manchar de sangre la alfombra de la suya... y que, encima, por el mismo precio, matara a tu mujer.

Él sabía que los vietcong estaban conquistando el corazón y la mente de los vietnamitas. Después de My Lai, se convirtió en un S-5 (especialista de 5.ª categoría), un suboficial que compraba cerdos para los campesinos, organizaba clases de costura para las prostitutas y llevaba a los niños al hospital. Pero comenzó a darse cuenta de que hasta sus mejores esfuerzos eran inútiles. Los vietnamitas no querían su ayuda, no les importaba la democracia, el totalitarismo, el capitalismo o el comunismo. Lo único que querían era que los dejaran en paz.

"Yo era como un boy scout"

El juicio a Calley dividió al país en dos. Los que estaba a favor de la guerra decían que sólo había cumplido con su deber. Los que estaba en contra afirmaban que Calley no era más que el chivo expiatorio, puesto que masacres como la de My Lai ocurrían todos los días y que eran Johnson, McNamara y Westmoreland quienes debían sentarse en el banquillo. Pero el 80 % de los encuestados estaba en contra de su condena.

El jurado salió de la sala el 16 de marzo de 1971, el día del 3.er aniversario de la masacre de My Lai, y estuvo deliberando durante dos semanas. Lo declararon culpable del asesinato de un mínimo de 22 civiles. Fue sentenciado a cadena perpetua y trabajos forzados. Más tarde, la pena se redujo a 20 y, luego, a 10 años. Finalmente, fue liberado el 19 de noviembre de 1974, después de tres años y medio de arresto domiciliario: menos de dos meses por cada uno de los asesinatos por los que fue declarado culpable y menos de cuatro días por cada uno de los civiles muertos en My Lai.

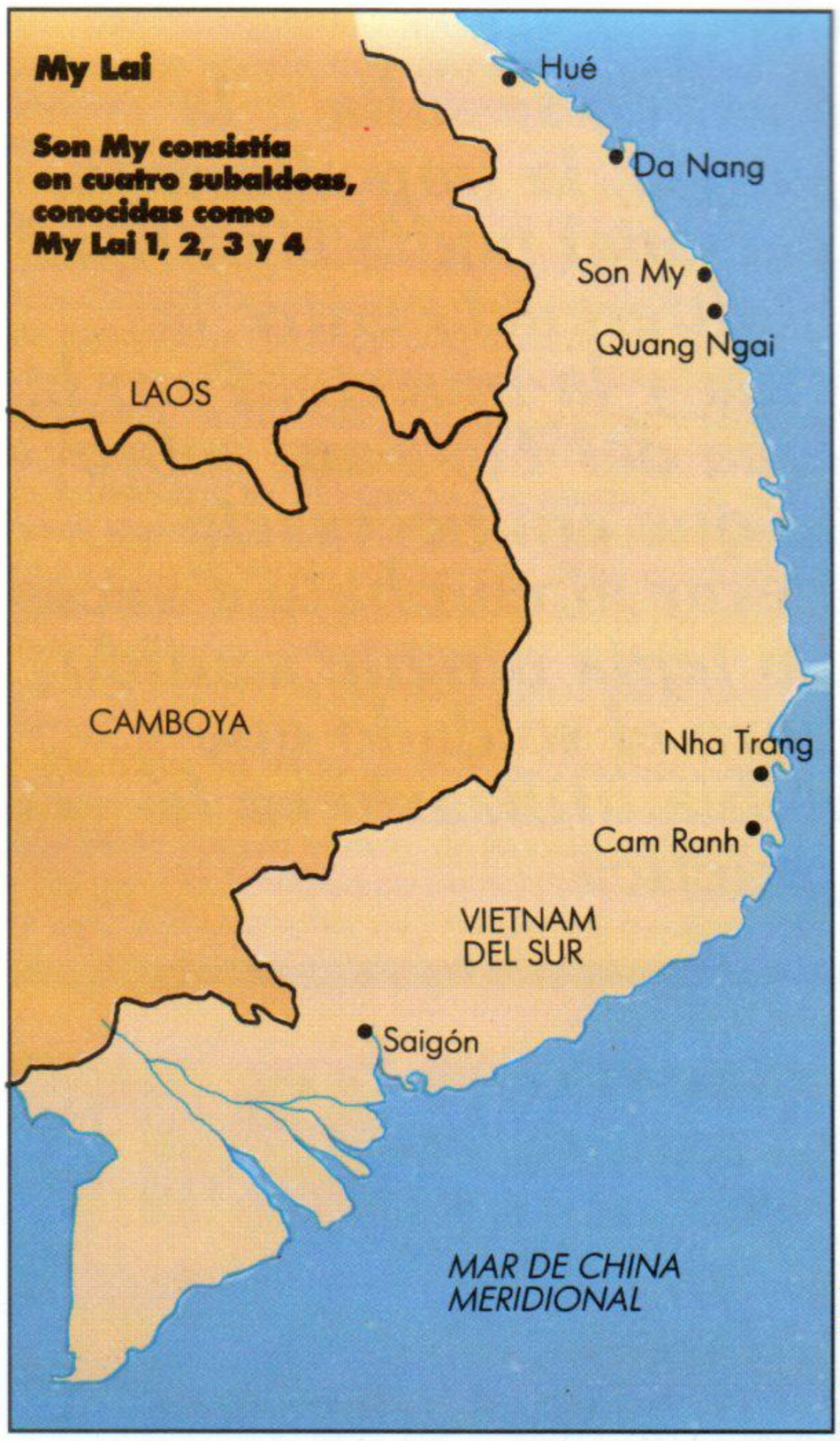
Los cargos de asesinato premeditado y de ordenar una acción ilegal —homicidio— en contra de las órdenes de su superior, el capitán Ernest Molina, se redujeron a homicidio impremeditado por no haber sabido mantener bajo control a sus hombres. Como el jurado no creía que Medina estuviese realmente enterado de lo que estaban haciendo sus hombres en My Lai, le llamaron a declarar.

Se presentaron cargos —entre los que había uno de los que sentaron jurisprudencia en Nuremberg, de violación de las leyes y prácticas de la guerra— contra 12 oficiales y soldados más. Sólo cinco fueron llevados a juicio. Ninguno fue condenado.

Una docena de oficiales, entre los que se encontraba el comandante de la división de Calley, el general de división Samuel W. Koster, fueron acusados por su participación como encubridores. Ninguno fue declarado culpable.

Calley está convencido de que cumplió con su deber ante Dios y ante la Patria; que era un hombre fiable, leal, servicial, atento, amable, obediente, alegre, valiente, ahorrador, limpio y respetuoso. Y allí estaban los 347 civiles muertos en My Lai-4. Alrededor de 100 murieron acribillados dentro de una acequia y uno de ellos era un niño de dos años.

Abajo: Aldeanos indefensos se ocultan aterrorizados. Para los habitantes de My Lai no habría misericordia. La revelación de lo que allí había ocurrido conmovió al mundo y, para el pueblo norteamericano, tuvo un efecto traumático. Mientras muchos pensaban que Calley era sólo un chivo expiatorio, el descubrimiento de que las tropas norteamericanas realizaban matanzas indiscriminadas como aquélla provocó un profundo sentimiento de vergüenza y contribuyó a aumentar el malestar por la participación de EE UU en la guerra de Vietnam.



F. Spooner

Cuando se salía a la jungla, la impedimenta personal podía significar la diferencia entre la vida y la muerte. Pero la idea del Tío Sam sobre lo que era necesario llevar al combate a veces no tenía ningún sentido para el soldado que debía utilizarlo en la práctica

GRUNT KIT

Mierda." Jadeos, resoplidos, palpitaciones. "Esta maldita colina me está matando." Calambres, sudor, fatiga. "No sé si mis piernas lo podrán soportar." La vista nublada, la agonía "¡Llevo demasiada mierda encima!" Un tropiezo, una caída, un golpe. "¡Un médico! ¡Aquí hay uno en el suelo!"

Había que acostumbrarse sobre la marcha. Por lo general, sólo hacía falta una incursión a la selva de Vietnam para darse cuenta de algo que los soldados de infantería sabían desde hace siglos: cuanto menos equipo se lleve, mejor.

Y esto era un auténtico problema, porque el Tío Sam tenía sus ideas sobre lo que era necesario llevar para pelear en la guerra y, por supuesto, el soldado Snuffy tenía sus propias ideas acerca de lo que aquel trabajo requería.

Lo único en que ambos estaban de acuerdo era que los soldados necesitaban un arma y balas para disparar. Aparte de eso, las opiniones eran de lo más dispares.

Por ejemplo, algo tan simple como el casco. El Tío Sam decidió que lleváramos aquel cacharro de acero y se imaginó que, si había servido para la Segunda Guerra Mundial y la de Corea, sería lo suficientemente bueno para Vietnam. Pero nosotros estábamos muy pocas veces sometidos a bombardeo de artillería y a ataques con bombas y, por lo tanto, el trasto de acero era un peso adicional que había que llevar siempre encima. Podríamos haber llevado las gorras de faena, una sudadera, el sombrero

de ala ancha que llevaba la Caballería en las guerras contra los indios, un pañuelo, el sombrero de los australianos o nada. Muchas unidades obligaban a los soldados a llevar aquel trasto como parte del uniforme de combate y muchas unidades no dejaban la base sin llevar sus cascos puestos. Al Tío Sam se le había ocurrido que todo el mundo debía llevarlo siempre.

Probablemente tenía razón, pero no era fácil decir eso a un grupo de soldados que llevan 15 días en una agotadora misión de búsqueda y destrucción, con una temperatura que alcanza 40 grados y en la que el objeto volador más peligroso es un mosquito. Imagina cuántos cascos se perdieron en Vietnam.

Cargar con todo eso

Los correajes (o equipo de transporte de carga, como se le llamaba oficialmente) eran otra cosa en la que quienes estaban en el poder y el soldado Snuffy no estaban de acuerdo. Durante la instrucción básica se enseñaba a la tropa a llevar el correaje básico (cinturón y las cinchas), una mochila, dos cantimploras, dos cartucheras y el uniforme de campaña. Ni se les permitía algo tan antimilitar como un cuchillo.

Intenta, con todo eso, levantarte y salir corriendo durante un ataque. Cuando ya no te quedaban municiones, siempre podías arrojar tu mochila a los nordvietnamitas.

La situación variaba entre una y otra unidad, pero todos los soldados con los que yo estuve parecían polvorines vivientes. Cuatro y, a veces, hasta seis cartucheras rodeaban el cinturón, con un par de bandoleras cruzadas colgando del pecho y, muchas veces, algunas de los hombros. Esto, sin tener en cuenta los 200-400 cartuchos empaquetados en la mochila o las cintas para las M60 que se llevaban en bandolera. En el espacio que quedaba en el cinturón iban las cantimploras, y el cuchillo se colgaba en un sitio accesible del correaje donde pudiera cogerse con facilidad (aunque no se ponía del lado del hombro desde el que se disparaba. Después de todo, había que apoyar la culata en alguna parte para disparar).

Claro que las balas no eran lo único que formaba el arsenal de Snuffy. Las granadas —de fragmentación, de fósforo blanco, de gas lacrimógeno y fumígenas— se llevaban en los bolsillos del pantalón, en cartucheras vacías, en los macutos o colgadas de los ganchos y presillas de los correajes. ("Esto se

TESTIMONIO

El autor, John Morris, jefe de escuadra de infantería durante la guerra, llevó tanto equipo personal como cualquier otro y ganó varias medallas por su valentía.

Izquierda: De patrulla por la Zona de Guerra C. Este soldado lleva el casco de acero y cantimploras, su M16, municiones de repuesto y un enorme machete en el macuto. Derecha: El 2.º Batallón de la 1.ª de Caballería Aérea se prepara para un largo día en la jungla. Si esas mochilas parecen pesadas ahora, más tarde lo serán mucho más.

Camera Press

US Army

CAPÍTULO 77

Con traje de faena de color verde oliva y botas de nilón y cuero, este soldado lleva un fusil M16A1 con dos cargadores. Alrededor del cuerpo lleva en bandolera cintas de munición para la M60 de la unidad, además de granadas de fragmentación M26A1 y dos cantimploras. Ya no queda espacio para nada más; el resto va en la pesada mochila ALICE, que dejaba profundas marcas en la espalda.

Tony Randall

está poniendo pesado, sargento." "Pero vamos, hijo, si aún no hemos empezado.")

¿Era todo eso suficiente para mandar a la guerra al soldado Snuffy? Pues no, soldado. Aún faltan algunos elementos esenciales que deberán ir encima del casco de acero, en el chaleco antibala, las cinchas, el M16, los alrededor de 1 000 cartuchos, las granadas y el cuchillo para hacerle a uno la vida totalmente miserable, en lugar de simplemente miserable. Y, como aún nos queda espacio, pondremos una mochila.

El viejo Equipo Ligero de Transporte Individual Polivalente ALICE (nombre militar que el Tío Sam había asignado a la mochila) tenía una estructura metálica que dejaba unos surcos permanentes en la espalda después del primer kilómetro de marcha. ("Papá, ¿qué son esas marcas que tienes en la espalda?" "Me las hice en la guerra. Una mochila ALICE del Vietcong me atacó por detrás."). La razón por la que Dios creó las raciones enlatadas de campaña, que encajaban justo entre la estructura metálica y la espalda, fue la mochila ALICE.

Dentro y encima de este monstruo de color verde oliva iban las minas Claymore y más granadas, bengalas, baterías de repuesto para la radio (y, si eras afortunado, radio), munición de repuesto para la ametralladora, agua, raciones, pastillas de hexamina, cuerda (para sacar a los que caían en trampas), calcetines, el equipo de limpieza del arma, un poncho y quizá una guerrera y un pantalón impermeables, un uniforme de repuesto, cigarrillos, artículos de higiene, uno o dos libros, herramientas de zapa, un machete y acaso un arma contracarro ligera o probablemente dos. ¿Unos 15 o 20 kg? No jadees, soldado. Ajústate las cinchas, ponte la mochila en la espalda, colócate una toalla alrededor del cuello para que absorba toda la transpiración, carga el M16 y vamos a por ellos.

La experiencia enseña

Hay otro objeto del equipo que merece una mención, puesto que era el mejor y el más utilizado de todos los que el Tío Sam envió al campo de batalla. Era pequeño, duradero, liviano, barato (esta característica iba en contra de las doctrinas del Ejército con respecto al equipamiento), funcional y prácticamente indestructible. Todo el mundo llevaba dos o tres y, si perdían alguno, el Tío Sam enseguida te entregaba uno nuevo. Esta mágicno instrumento del Ejército se llamaba P-38 o, en términos civiles, abrelatas. Cuando lo único que se come son raciones enlatadas, el P-38 se convierte en un instrumento tan importante como las balas.

La disputa entre el Tío Sam y el soldado Snuffy sobre el equipo de campaña nunca llegó a resolverse, aunque había algo que sí estaba claro: cuantos más fueran los combates en que una unidad participaba, más probable era que fueran los propios soldados y no los altos mandos quienes decidiesen qué pertrechos debían llevar en campaña.

Como la mayoría de guerras, las lecciones aprendidas se iban transmitiendo de generación en generación de combatientes. El primer axioma era: "Usa el manual como guía y la experiencia como maestra", y se seguía al pie de la letra, incluso en los conceptos más básicos relacionados con el equipo de campaña. Y si no había nadie para darte un consejo y decirte lo que tenías que hacer, ya lo aprenderías con la próxima experiencia.

EL BLOOPER M79

Allí donde las granadas de mano y la artillería no podían llegar, el M79 suministraba al infante la necesaria potencia de fuego

El lanzagranadas M79 o *"Bloop Gun"* del Ejército norteamericano era un arma colectiva de infantería completamente nueva, sin equivalente en ninguna otra fuerza armada, que hizo su debut en la guerra de Vietnam.

Similar a una escopeta recortada, el lanzagrandas fue diseñado como un arma de apoyo para la infantería. Disparaba a una distancia que iba el alcance máximo a que llegaba la granada de mano al mínimo del mortero de apoyo, una región comprendida entre los 50 y 300 m.

El M79 era un arma de tiro único que se disparaba desde el hombro y se abría para introducir el proyectil en la recámara. Disparaba una granada esférica que, aunque su diámetro era de sólo 40 mm, tenía un radio letal mortal de 5 m.

Las granadas eran estabilizadas en vuelo por unas aletas y la rotación imprimida por las estrías del ánima del cañón. El proyectil tenía una velocidad inicial de sólo 75 m por segundo (compárese con los 800 m por segundo de la ametralladora) y un hombre entrenado podía lanzar una granada dentro de una casa por la ventana desde 150 m de distancia.

Al girar la granada en el aire, la rotación provocaba una presión que cebaba el mecanismo de detonación a unos 30 m de distancia, tras los cuales explosionaba por impacto. De esta forma, no se corría el riesgo de que el proyectil detonara accidentalmente en una caída, un golpeo o al ser alcanzado por una bala. Esa distancia de seguridad evitaba además que el tirador quedara dentro del radio de fragmentación de la granada.

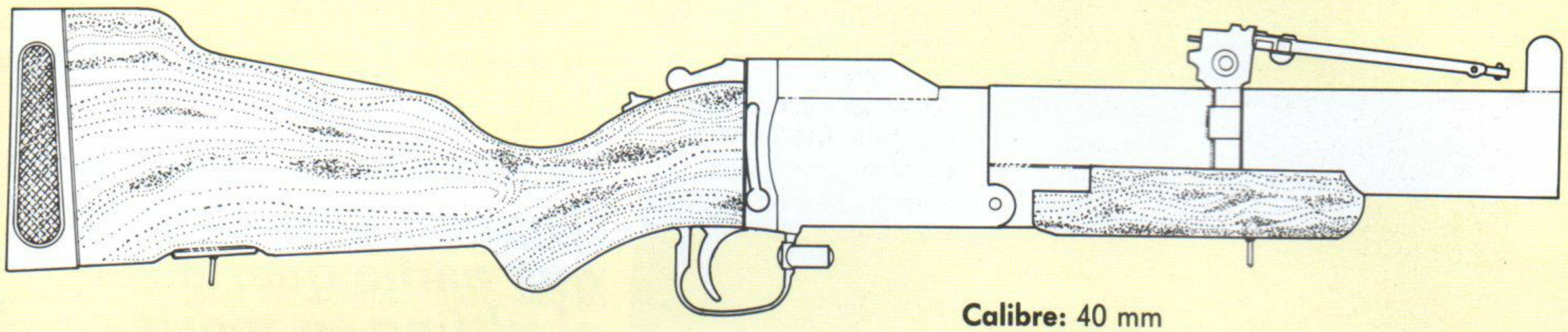
Para hacer fuego a corta distancia, el Ejército diseñó dos tipos de proyectiles para el M79: uno contenía perdigones y el otro, 45 "flechas" en forma de dardo. El lanzagranadas también disparaba proyectiles que hacían explosión en el aire, granadas fumígenas, bengalas y de gas lacrimógeno.

La distribución del lanzagranadas en las unidades solía ser a razón de dos granaderos integrados en un pelotón con ocho fusileros armados con M16. El lanzagranadas M79 se utilizaba en tiro tenso hasta los 150 m, más allá de los cuales era necesario conocer la distancia a la que se hallaba el objetivo debido a la trayectoria inusualmente alta que debía describir la granada en tiro curvo. A medio cañón había un alza abatible y, en el extremo anterior del mismo, un rudimentario punto de mira. El alza estaba graduada hasta los 375 m a intervalos de 25 m.

Para poder utilizar esta arma correctamente, el tirador debía llevar encima la menor cantidad de peso posible y, en consecuencia, el granadero llevaba sólo una pistola como armamento individual adicional.

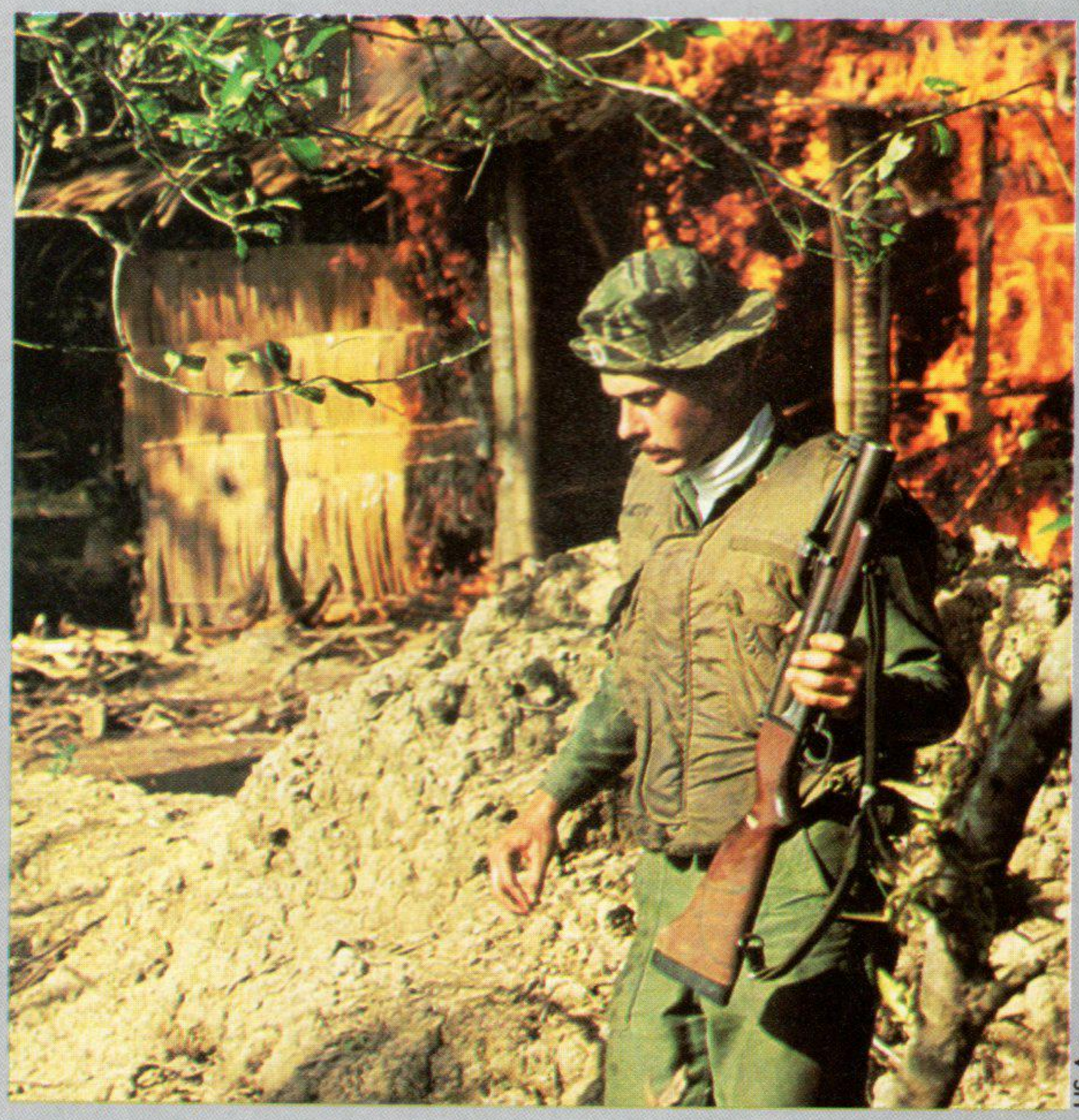
En los últimos años de la guerra, el M79 fue sustituido por el lanzagranadas M203, también de 40 mm. Esta arma se había diseñado para acoplar al fusil M16, de manera que el tirador pudiera actuar en los combates como un soldado hasta el momento en que fuera necesario el lanzamiento de granadas.

LANZAGRANADAS M79 DE 40 mm



Calibre: 40 mm
Longitud: 737 mm
Peso (cargado): 3 kg
Alcance máximo: 40 m
Velocidad inicial: 75 m por segundo

Graham Bingham

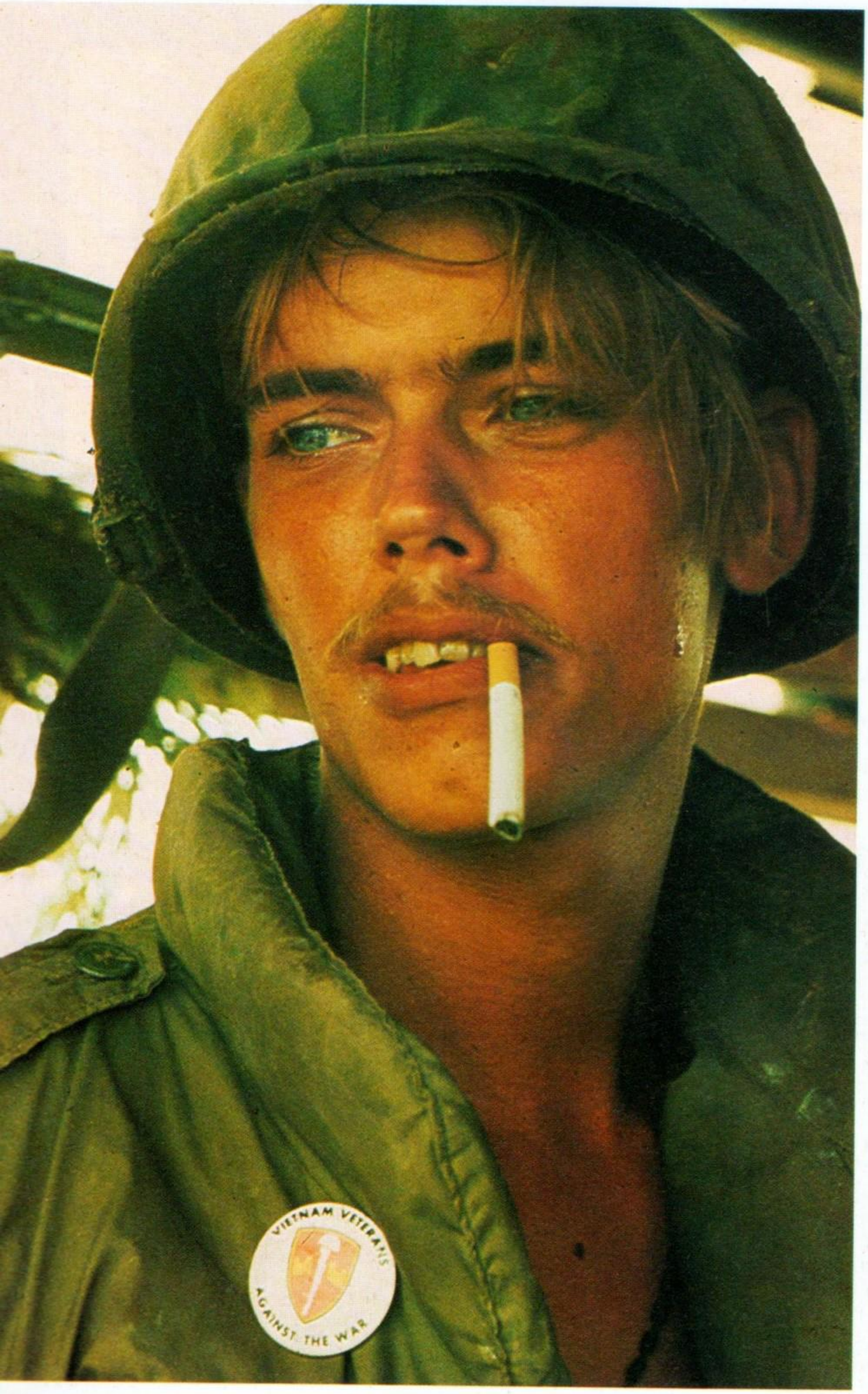


US Army

El equipo del granadero: chaleco antibalas y un M79.

CAPÍTULO 78

EL COLAPSO DE LA MORAL



F. Spooner

Los soldados norteamericanos habían peleado duro y soportado de todo, pero llegó un momento en el que nadie quería ser el último en morir en el Sudeste asiático

Recuerdo el 20 de julio de 1969. Y estaba sentado en mi litera viendo la transmisión vía satélite de la llegada de los astronautas a la Luna y vi cuando Neil Amstrong pisó la superficie de aquélla. Cuando escuché aquella frase de mierda: "Un paso insignificante para un hombre, un gigantesco avance para la humanidad", sentí una ira incontenible y pensé "¡Venid aquí y caminad conmigo durante un día, hijos de puta!"

Cuando la guerra se disponía a estrenar una nueva década, este infante de marina en Vietnam hablaba por todos los soldados llenos de barro, picados por los insectos y heridos por los vietcong que luchaban en toda la geografía de aquel país.

Luchar, matar y temer

Para los jóvenes norteamericanos que llegaron a Vietnam en 1969, la guerra había ido perdiendo credibilidad. A finales de aquel año, los norteamericanos llevarían ya más tiempo luchando en Vietnam que en la Segunda Guerra Mundial y no se vislumbraba ninguna salida. El espectáculo del Vietcong atacando desenfrenadamente durante la ofensiva del Tet había destrozado cualquier esperanza de una victoria inminente de los aliados del Sur. En 1968, Nixon había decidido que la guerra no se ganaría sólo con las armas. Ahora, aquella idea aparecía en los discursos como una petición de "días, y quizá años, de paciente y prolongada diplomacia". Para los soldados que estaban en el frente, esto significaba seguir perdiendo tiempo y vidas en una guerra que no se decidiría en los combates cuerpo a cuerpo sino en el aire, sobre Hanoi, o en los pasillos de los centros de poder.

COLAPSO DE LA MORAL

En la mente de cada uno de los combatientes norteamericanos en Vietnam se estaba poniendo en cuestión la validez de la guerra. La retirada de las tropas comenzó en junio, los movimientos antibélicos cada vez conseguían más apoyo y la televisión ya no informaba de victorias sino de derramamientos de sangre y operaciones que parecían carecer de sentido.

Cada vez más soldados se preguntaban por qué estaban allí. Poco después, el 60 % de los combatientes veteranos posteriores a 1967, tropas formadas por personal de leva y no por profesionales como las de 1965, admitieron que estaban en contra de la guerra o, simplemente, que no sabían por qué estaban luchando.

Mientras la solución del conflicto se iba demorando, la moral decaía y la supervivencia se convirtió en el objetivo cotidiano. El lema de aquel momento era : "No seas el último soldado muerto en Vietnam".

Un año después de la ofensiva del Tet, la rutina de luchar y matar, el miedo y el cansancio, y la visión de amigos que volvían a casa en bolsas de plástico seguían igual. Pero las tácticas de "búsqueda y destrucción" de Westmoreland dieron paso a las operaciones militares de guerrilla; interminables marchas por la selva, emboscadas y contraemboscadas. El teniente James Webb atravesaba sudando aquella combinación de trampas explosivas, vegetación y paranoia:

"Yo no estaba preparado para aquella situación primitiva; llevaba la mochila: tenía un capote de plástico, el cepillo de dientes, papel de carta y eso era todo... Nos cambiábamos de sitio cada tres días, hacía meses que no me daba un baño. Comíamos siempre raciones enlatadas y casi todos los de mi unidad cogieron tiña, o la solitaria, o disentería, o malaria, y algunos las habíamos tenido todas."

Andar por la jungla, luchando en una guerra sin sentido, produjo muy pronto una actitud renuente en las tropas. Algunos de los más reacios vieron en la sedición la única salida.

Renunciar al combate

En 1969 eran cada vez más los hombres que se negaban a luchar. Durante el año siguiente, el número de "renuncias voluntarias" aumentó notablemente e incluso un grupo de élite, la 1.ª División de Caballería Aérea, registró 35 renuncias al combate durante los siguientes 12 meses; y éstos eran sólo los casos que se informaban. Hubo otros en los que con un poco de ingenio se evitaba al mismo tiempo el combate y el enfrentamiento con los superiores. Tim O'Brien, soldado de infantería y posteriormente novelista ganador de varios premios, utilizaba el ingenio sin ningún cargo de conciencia: "Por la noche, teníamos la obligación de salir a tender emboscadas, así que algunas veces lo hacíamos y otras no". Cuando no lo hacían, los oficiales de O'Brien emitían por radio coordenadas falsas a la artillería, que batía la zona de la jungla donde el inexistente equipo de emboscadas había "visto" comunistas. "Las emboscadas falsas era muy buenas para levantar el espíritu", concluye O'Brien. En el peor de los casos, la renuncia al combate significaba una sentencia de prisión y una acusación de deshonor; en cambio, el combate podía significar la muerte o la incapacidad. Existía otro camino, aunque más arriesgado, para dejar la lucha: la deserción.

Salir de allí

Hasta 1968, el índice de deserción entre las tropas norteamericanas en Vietnam había sido más bajo que el de guerras anteriores; pero, a partir de 1969, las deserciones aumentaron de forma increíble. Y no sólo tenían lugar en Vietnam: la mera posibilidad de ser enviado a aquella guerra aumentó las deserciones en todo el mundo. En Saigón, Tokio y Hong Kong, los soldados de permiso desaparecían

Extremo izquierdo: Un distintivo que lo dice todo (Veteranos de Vietnam contra la guerra). Abajo: Miembros de la 1.ª División de Caballería Aérea durante un descanso.

PRIMERAS RETIRADAS DE TROPAS

En efecto, la desvinculación de Estados Unidos del conflicto de Vietnam comenzó en abril de 1968 cuando el secretario de Defensa de Johnson, Clark Clifford, rechazó la petición de Westmoreland de incorporar 206 000 hombres a las unidades del Ejército distribuidas en todo el mundo. Clarke inició también la "vietnamización", aunque dicha palabra fue utilizada por primera vez por su sucesor, Melvin Laird, de la administración de Nixon.

El proceso se aceleró cuando Nixon subió al poder en enero de 1969. La retirada de fuerzas satisfacería a la opinión pública estadounidense, reduciría los gastos y permitiría que el proceso se hiciera por etapas.

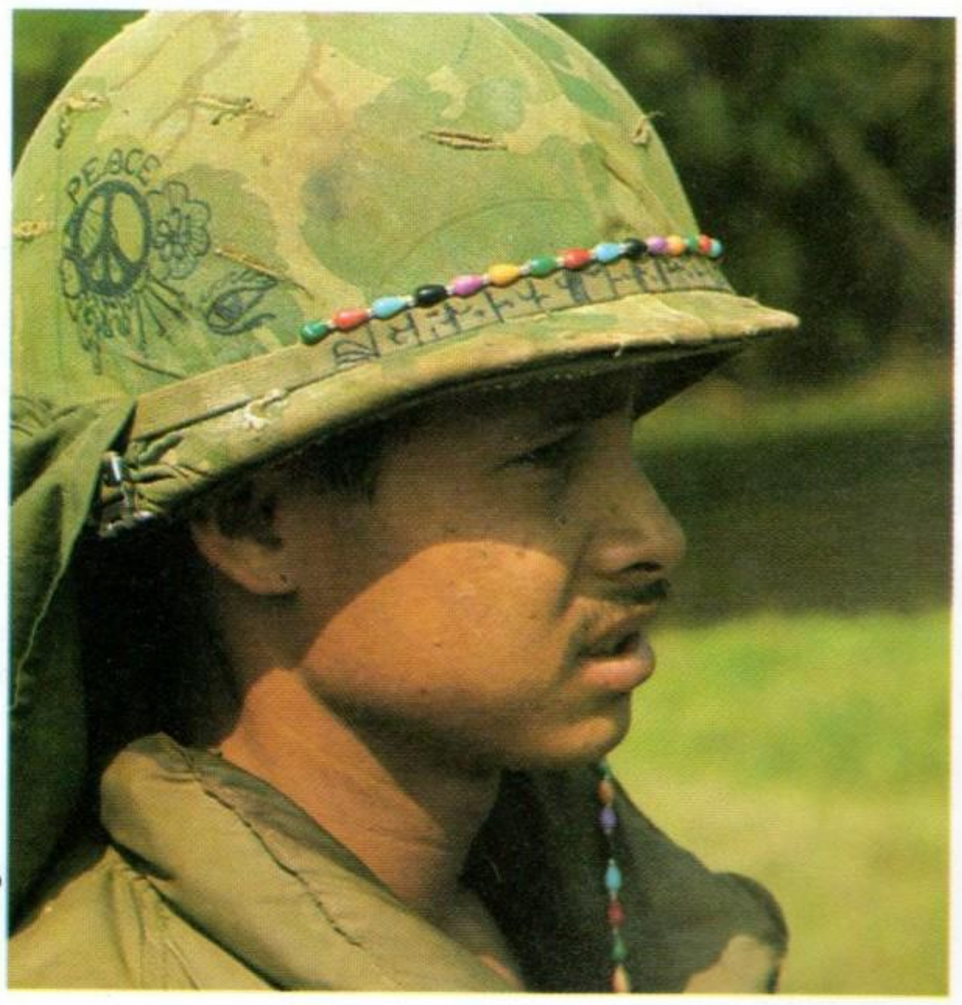
Después de un encuentro con el presidente Thieu, en una isla del Pacfico Sur, Nixon anunció el 8 de junio de 1969 que 25 000 hombres serían devueltos a casa el 31 de agosto. La "Doctrina Nixon", proclamada en Guam el 25 de julio, ponía énfasis en la política de "vietnamización" y anunciaba nuevas retiradas el 16 de setiembre (35 000) y el 15 de diciembre (50 000).

No obstante, Nixon se cuidó de que la retirada de tropas no fuera total, puesto que el ritmo que llevaría el proceso de vietnamización dependía del equilibrio entre la opinión nacional contra la actividad comunista y la capacidad del Ejército de Vietnam del Sur.

El MACV se mostraba muy cauteloso con el repliegue de las tropas, pero Laird insistió con estadísticas periódicas y el sucesor de Westmoreland, el general Creighton Abrams, estableció un plan de retirada gradual de las tropas, con 14 evacuaciones progresivas hasta noviembre de 1972.

En la primera fase, del 1 de julio al 31 de agosto de 1969, se repatriaron los 25 000 hombres que se había prometido (principalmente de la 9.ª División de Infantería); mientras que unos 40 500 hombres de la 3.ª Brigada de la 82.ª División Aerotransportada y de la 3.ª División de Infantería de Marina fueron retirados entre el 18 de setiembre y el 15 de diciembre. A fines de 1969, 51 670 hombres habían vuelto de Vietnam.

CAPÍTULO 78



Tim Page

Izquierda: Un símbolo de paz en el casco hecho para la guerra. Derecha: Las fatigadas tropas de la 1.ª División de Caballería Aérea "renunciaron al combate" en la base artillera PACE. Abajo: El símbolo de la paz y las balas de la muerte se mezclan en el pecho de este soldado de la 61.ª División de Infantería. Abajo, derecha: Después de unas vacaciones como aquéllas —365 días de sol y balas— ¿dónde puede ir uno?

para refugiarse en Canadá o Suecia. Existía un gran número de publicaciones clandestinas que ayudaban a los que deseaban desertar. Muchas de estas publicaciones reflejaban sentimientos antibélicos en todas sus páginas y mostraban rutas por las que era posible escapar, o bien ofrecían contactos para hacerlo. El estado anárquico y desanimado del Ejército estadounidense se dejaba sentir en todas partes. El consejo de Ernest Hemingway aún era válido: si crees que la guerra tiene algún encanto, "pregunta a la infantería, pregunta a los muertos". Un soldado de infatería explica por qué:

"Volarle la tapa de los sesos"

"Teníamos la sensación de que ya no éramos aquellos soldados que tenían que marchar y saludar. Eso era una mierda, nosotros no teníamos por qué saludar a nadie. Nos vestíamos de la forma que nos apetecía. Si un día se me ocurría usar la gorra de faena, pues la usaba. Si quería llevar una manga subida y la otra no, pues la llevaba. Si quería me afeitabay si no, no. Nadie jodía a nadie en la jungla. Los oficiales sabían que si se metían contigo, tú luego podías pegarle un tiro en la cabeza durante un combate. Ésa era un regla básica en mi unidad de infantería. Cualquiera que diga lo contrario, miente. Si alguien se metía con un compañero, un suboficial o el que fuese, tú tenías derecho a volarle la tapa de los sesos."

Sedición

Este deterioro de la disciplina provocó la creación de un vocablo militar: *fragging*. Esta palabra significaba el asesinato de oficiales con granadas de fragmentación, pero muy pronto comenzó a utilizarse para denominar cualquier método de eliminar a un superior.

La forma más sencilla de acabar con un mando que complicaba las cosas a los soldados o que pretendía que sus hombres corrieran riesgos innecesarios era pegarle un tiro durante un combate. El explorador de una compañía, Mike Beaman, recuerda: "Nosotros sabíamos que los oficiales eran «fragmentados» y ellos también lo sabían".

Había "fragmentaciones" de dos tipos. La primera tenía tres etapas y daba al oficial condenado una oportunidad para cambiar de actitud. Primero se introducía una granada fumígena en su litera y, si esto no era suficiente, se le arrojaba una granada de gas lacrimógeno. Un soldado lo relataba con las siguientes palabras: "Si te ponían gas, quería decir que no eras buen chico". Si la advertencia final no daba resultado, la bala mortal podía llegar desde cualquier dirección en el campo de batalla.

Una "fragmentación generosa" se llevaba a cabo sin advertencias. En ella se ofrecía dinero por la muerte de un oficial. El periódico clandestino *GI Says* (Habla el soldado) llegó a ofrecer una recompensa de 10 000 dólares por la muerte del teniente coronel Weldon Honeycutt, respondable del ataque a la Colina de la Hamburguesa. Un ex marine cuenta cómo él mismo colaboró en la recompensa del odiado sargento de la 3.ª División de la Infantería de Marina:

"El primer hombre que, con un testigo, le volara los sesos con una bala entre ceja y ceja recibiría 1 000 dólares. Yo personalmente había ofrecido unos 25 dólares por su cabeza."

Charles Anderson, otro marine, relata un incidente que, precisa, "no ocurrió en mi compañía". Un sargento profesional muy agresivo se estaba metiendo con unos compañeros suyos. Era un viejo chusquero que iba siempre perfectamente uniformado. Un día la compañía fue sorprendida en una emboscada comunista. "Cuando encontraron al sargento, tenía más agujeros de bala en la espalda que en el pecho."

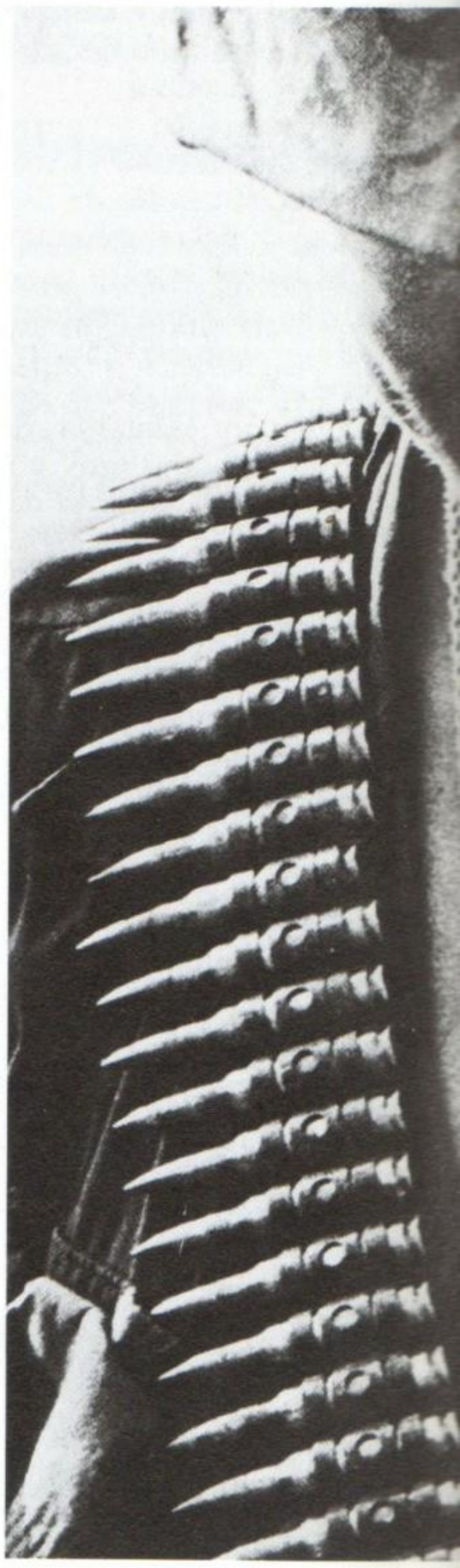
Palizas y "fragmentaciones"

Los oficiales comenzaron a mostrarse más reacios a involucrarse en situaciones que pudieran provocar posteriormente "accidentes" a causa de las "fragmentaciones". Pero, en aquellas condiciones, en las que el miedo y la furia eran constantes, las confrontaciones entre soldados y oficiales estallaban sin motivo. El capitán James Hickey estaba haciendo cola en un economato. Sin darse cuenta, se refirió al soldado que estaba delante de él como "chico". El soldado era negro y empezó a acusarle de racista y a amenazarle con "volarlo en mil pedazos". Para calmar la situación, Hickey se marchó, pero el otro le siguió y, un vez fuera, propinó varios golpes al capitán.

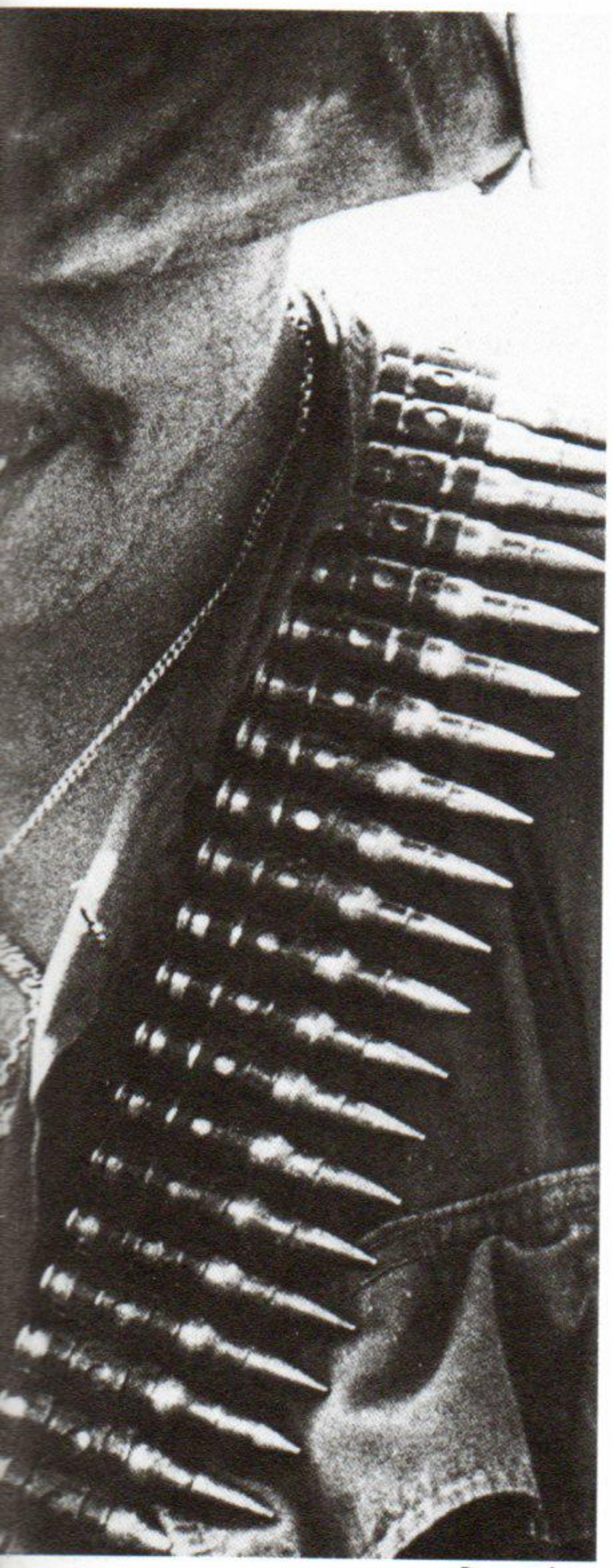
Los oficiales eran, a menudo, lamentablemente inexpertos. Esos hombres jóvenes vestidos de verde podían conducir a sus soldados a una emboscada o a una muerte segura al leer mal un mapa. Un suboficial relata:

En ocasiones, un oficial incompetente podía salvarse de recibir una bala en la espalda si sus superiores se daban cuenta de la situación y lo trasladaban. El capitán Smith fue uno de los mandos que, después de demostrar su estupidez y causar numerosas bajas inútiles, perdió el respeto de sus hombres. Estuvo a punto de perder la vida: "Los tenientes hacían todo lo posible por evitarle y la tropa le ponía en ridículo. Se solía decir que era un hombre marcado. Los soldados negros le odiaban y decían que en cualquier momento alguien arrojaría una granada dentro de su trinchera. Todos evitábamos acostarnos cerca del capitán Smith".

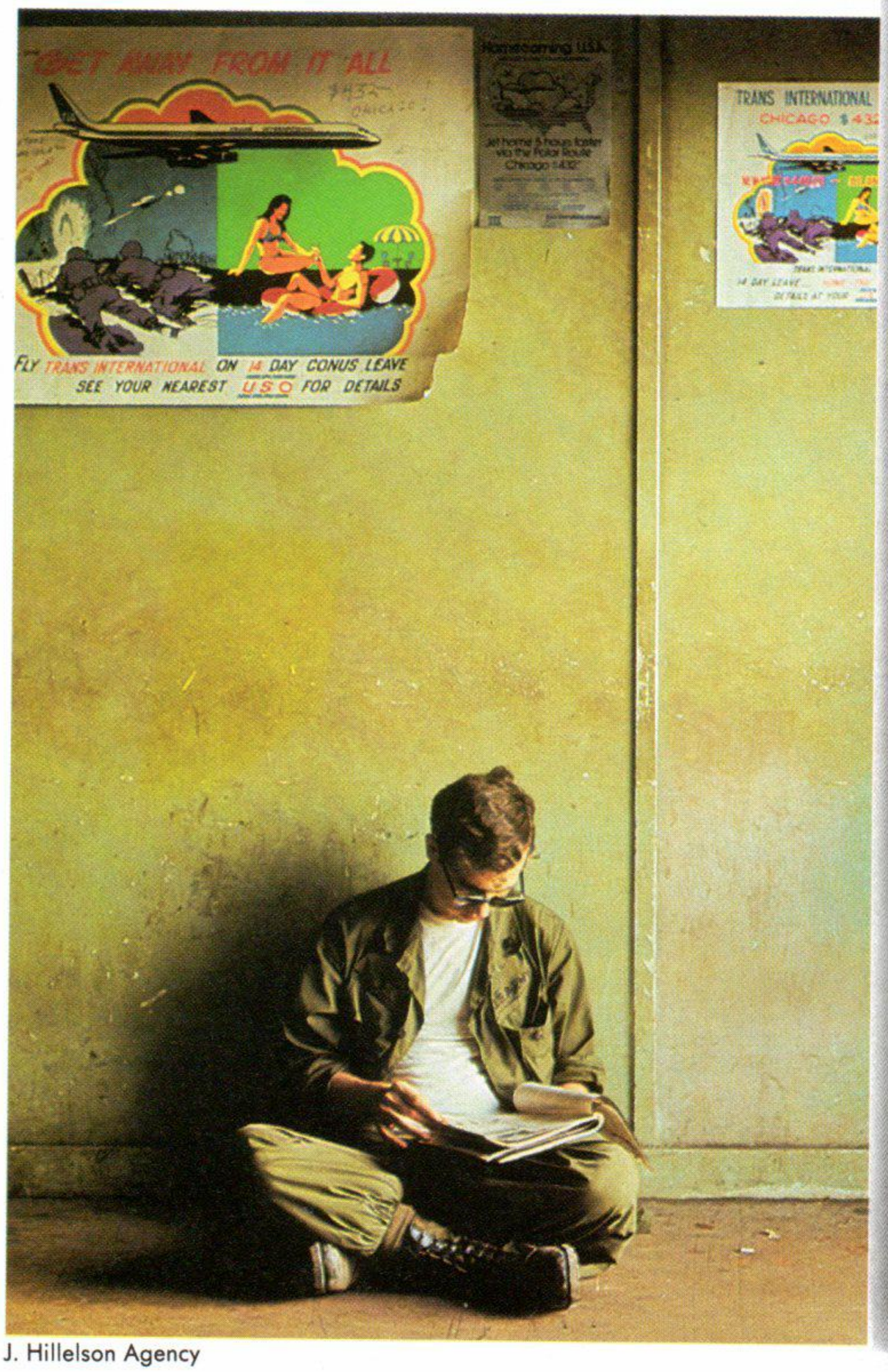
Smith fue trasladado poco después, pero muchos otros oficiales recibieron la granada antes de que el alto mando pudiese hacer algo por ellos.



J. Hillelson Agency



Popperfoto



J. Hillelson Agency

FRAGGING

Es una realidad de la guerra que los soldados aprovechen muchas veces la oportunidad de un combate para matar a suboficiales y oficiales temidos u odiados. Lo raro de Vietnam fue la enorme cantidad de "fragmentaciones" realizadas.

La cifras de oficiales asesinados cubren un período de cuatro años: desde 1969 —cuando el fenómeno comenzó a difundirse de tal forma que ya no podía desimularse con las bajas en el campo de batalla— hasta 1972. Los datos proceden de los debates del Congreso sobre el tema. Hubo 239 incidentes en 1969, 383 en 1970, 333 en 1971 y 58 en 1972. Un total de 1 013 "fragmentaciones" en cuatro años, 86 de las cuales provocaron la muerte; aproximadamente un 3 % de los 3 269 oficiales muertos en Vietnam entre 1961 y 1972. Estas cifras incluyen sólo las muertes por granada y no son más que una aproximación puesto que en ellas no se incluyen los decesos provocados con fusiles, ametralladoras y arma blanca.

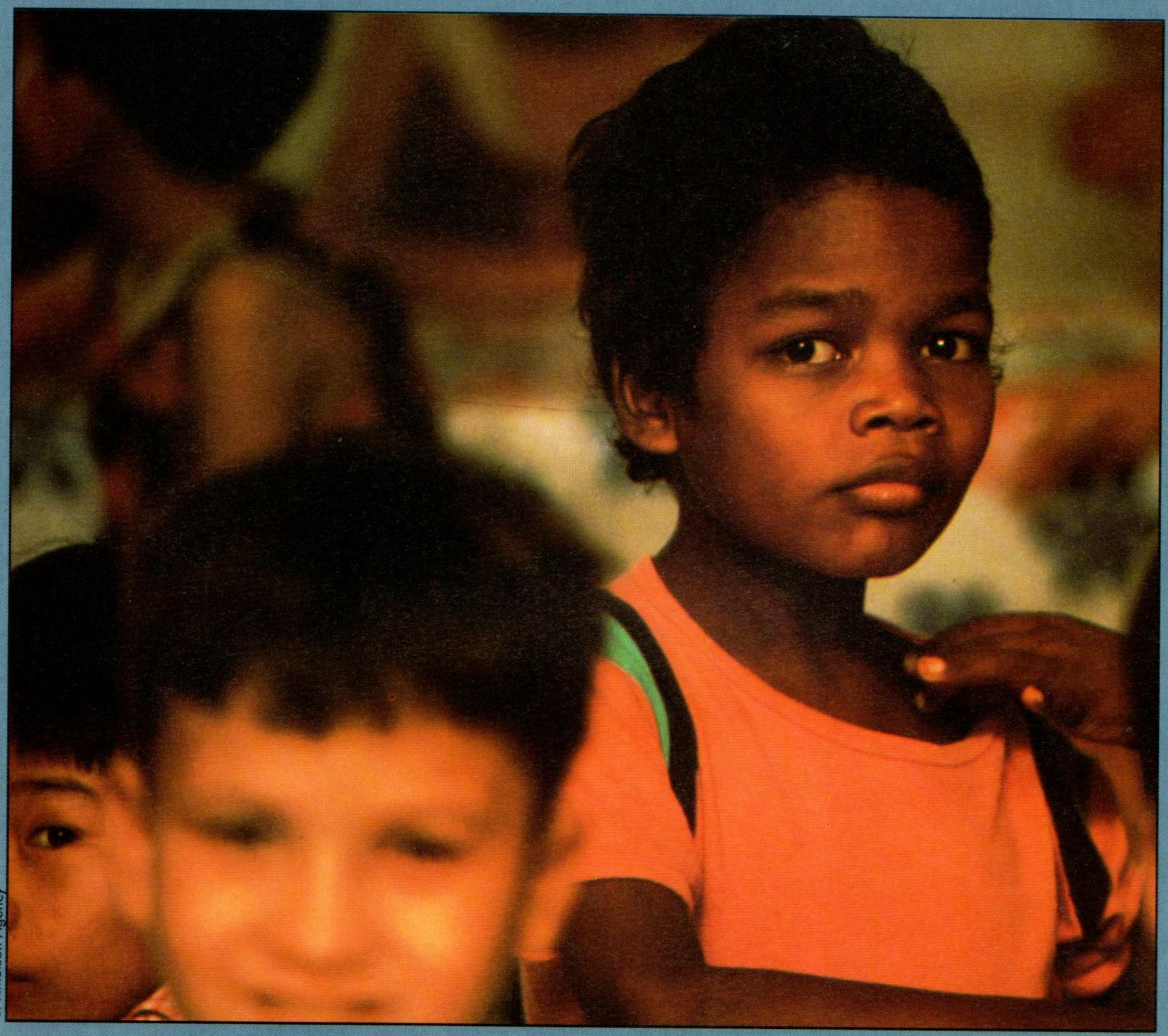
Como todas las estadísticas sobre Vietnam, estas cifras son cuestionables: el Auditor General del Cuerpo calculaba que un 10 % de los intentos de "fragmentación" dieron como resultado un juicio a quien lo había perpetrado.

Las únicas cifras existentes en lo que ser refiere a sediciones, identificadas con el eufemismo de "renuncias al combate", son las de las estadísticas realizadas por el Ejército en "Insubordinaciones, sediciones y otros actos de negativa voluntaria al cumplimiento de una orden legal". Las reclusiones por estos delitos fueron 82 en 1968, 117 en 1969 y 131 en 1970. Las cifras de 1971 (el año de la sedición en la base PACE) y 1972 nunca se dieron a conocer.

La cifra de "Ausentes Sin Permiso Oficial" y deserciones indica un claro incremento a lo largo de la guerra de Vietnam. En 1967 se registraron 78 "ausencias sin permiso oficial" por cada 1 000 soldados y sólo un 21 por 1 000 eran deserciones. Esta cifra se incrementó a 112,3 por mil de tales ausencias y 42,2 por mil de deserciones en 1969. En 1971 la cifra aumentó a 177 por mil y 74 por 1 000 respectivamente. En 1973, los marine registraron un total de 234 "ausencias sin permiso oficial".

ARCHIVO FOTOGRÁFICO 13

AMERASIATICOS



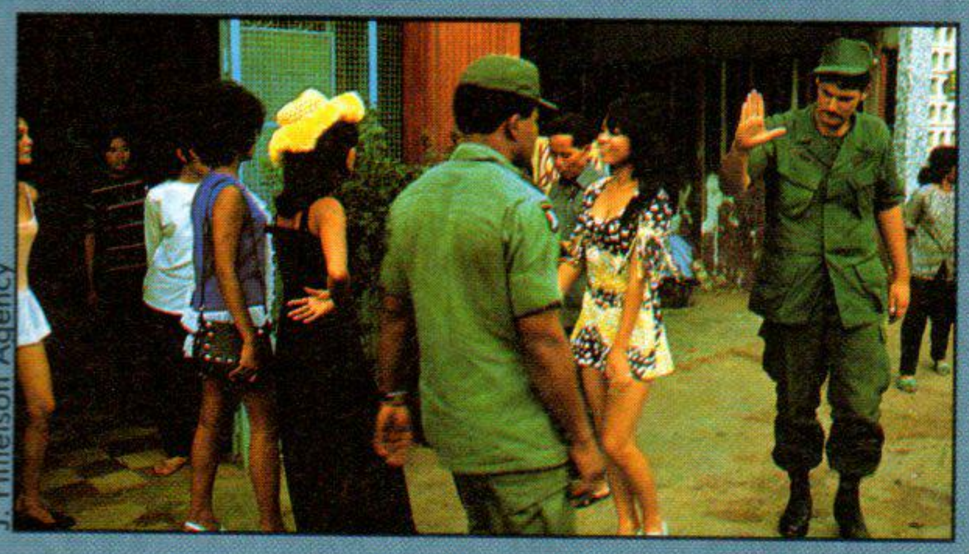
J. Hillelson Agency

NIÑOS DE LA GUERRA

Izquierda: Abandonada por su padre y despreciada en su propia tierra, Binh, de nueve años de edad, es una huérfana más producto del choque cultural de la guerra.

Las estimaciones son dispares, pero se cree que hubo alrededor de 35 000 niños nacidos de mujeres vietnamitas y soldados norteamericanos. Despreciados y discriminados, los amerasiáticos fueron abandonados cuando EE UU se retiró de Vietnam. Los propios vietnamitas dicen de estos niños de la guerra que son el "barro de la vida".

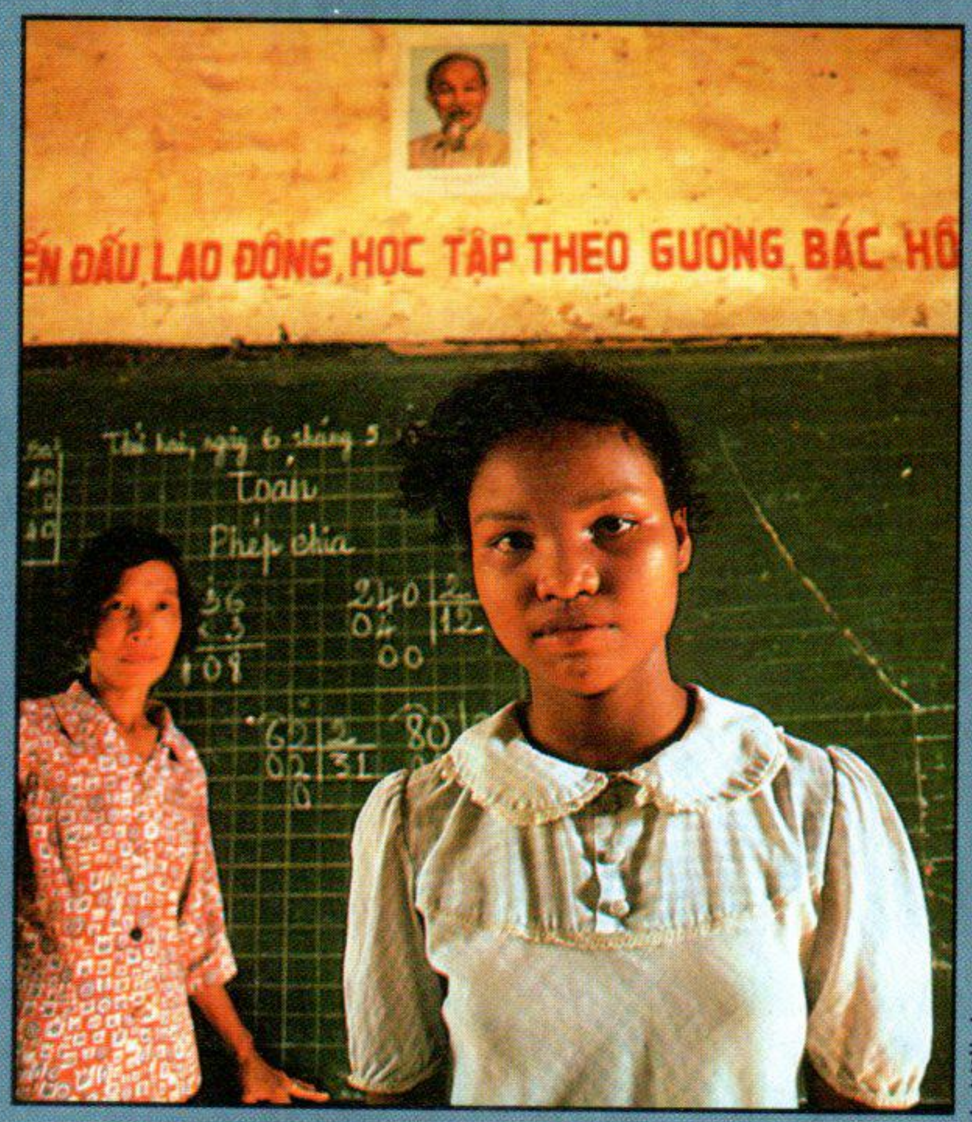
Abajo: Le Thi Ut es el producto de la unión de un soldado norteamericano de raza negra y una mujer vietnamita. Actualmente, aprende aritmética bajo la mirada de Ho Chi Minh y la bandera roja.



J. Hillelson Agency

J. Hillelson Agency

Izquierda: Para un soldado norteamericano, la relación con la chica vietnamita estaba llena de problemas. La ex novia de un infante confesó que "verse con él significaba convertirse en una prostituta para la gente de su país." Abajo: El color pálido de su piel hace que Cuanh sea diferente a los demás. Actualmente vive y trabaja con sus abuelos.



J. Hillelson Agency

J. Hillelson Agency

CAPÍTULO 79

Tim Page

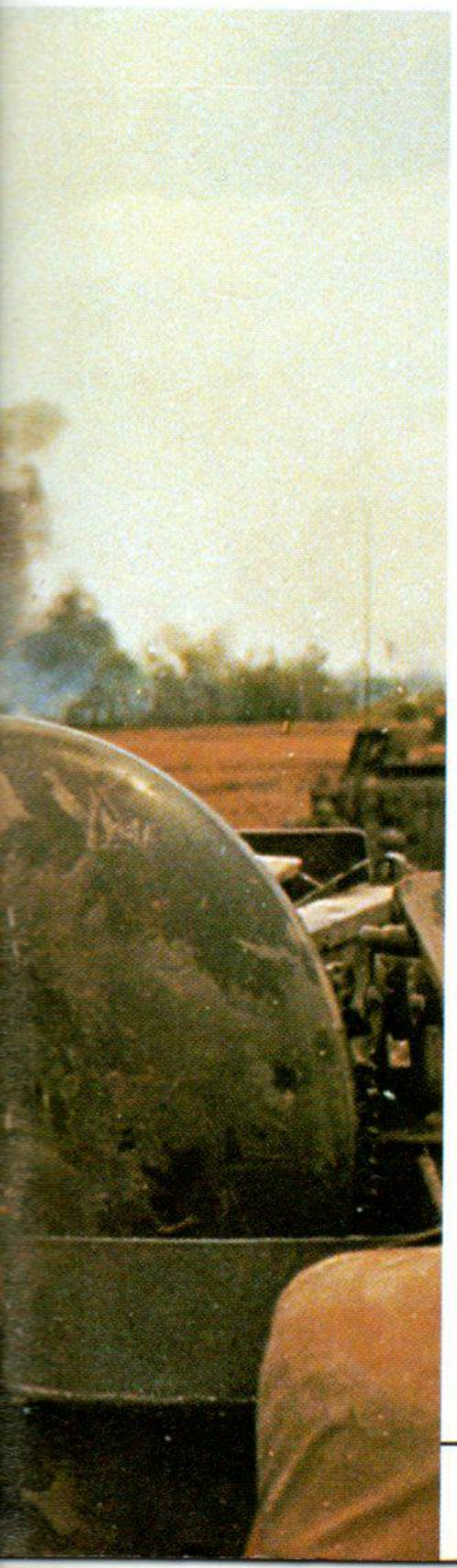
FUERZA REMAGEN

A pesar de todo, cuando las tropas norteamericanas tuvieron que cumplir una misión lo hicieron de forma eficaz, aún cuando esa misión consistiese en llevar sus carros por las barrancas y avanzar con una columna acorazada hacia el corazón del Ejército nordvietnamita sin posibilidad de recibir suministros por tierra

Arriba: La tripulación de un M 113 espera la llegada de suministros.
Arriba derecha: En una de las principales arterias de comunicación vietnamitas, los M48 encabezan la columna acorazada.
Derecha: Un soldado mantiene contacto por radio mientras los M113 y los M48 avanzan a través del humo y el paisaje devastados por los combates.

A.P.

Tim Pa



La participación de Estados Unidos en la guerra de Vietnam alcanzó su peor momento en 1969. Tanto en lo que se refiere a la moral como al objetivo, la opinión mundial y la estrategia, Estados Unidos estaba perdiendo puntos. Pero los recursos y tecnología de su ejército provocaban la envidia de todo el mundo, lo que se probó con una operación sorprendentemente audaz.

El 14 de marzo de 1969, el teniente coronel Carmen P. Milia, comandante del 1.er Batallón del 77.º Regimiento Acorazado, recibió la orden de comparecer ante el teniente general Richard G. Stilwell, comandante del XXIV Cuerpo en la provincia de Quang Tri. Desde su llegada al lugar nueve meses antes, los carristas y tripulantes de los transportes oruga acorazados (TOA) de Milia se lo habían pasado muy bien, restringida su función a prestar protección a la Infantería. Pero las cosas iban a cambiar.

Milia recibió la orden de formar una fuerza operativa acorazada y llevarla en dirección oeste por la carretera 9 a Khe Sanh y, desde allí, realizar una misión de reconocimiento a lo largo de la frontera laosiana. Milia estaba muy excitado cuando acabó la entrevista; más tarde calificó la misión de "desafiante". Otros la calificaron de "imposible".

Los problemas eran muchos. Para empezar, el terreno era extremadamente difícil. La carretera 9 era básicamente de una sola dirección, estaba en muy mal estado y seguía el río Quang Tri en sentido oeste a través de desfiladeros atestados de vegetación, subiendo 430 m hasta la meseta de Khe Sanh. Los desprendimientos de tierra y avalanchas habían borrado trechos enteros del camino, y lo que la naturaleza había dejado intacto se habían encargado de destruirlo los soldados del ejército de Vietnam del Norte. A lo largo de todo el camino, no habían encontrado un paso ni un puente intactos. Además, desde la evacuación de la 3.ª División de la Infantería de Marina de la meseta de Khe Sanh en julio de 1968, ésta era un área prácticamente olvidada por las fuerzas aliadas.

Probar los carros

¿Por qué Stilwell había encomendado una tarea tan difícil a una fuerza acorazada? Los dos objetivos anunciados (la protección del flanco norte del Ejército norteamericano y la desorganización del sistema logístico del enemigo) parecían más apropiados para la infantería o la caballería aérea. Los motivos de Stilwell eran más complejos: quería comprobar las afirmaciones que decían que el empleo más eficaz de las unidades blindadas no era el de apoyo a la infantería, sino el de fuerza de ataque independiente operando sin líneas de comunicación terrestres: apoyados sólo con helicópteros.

Muchos oficiales del XXIV Cuerpo pronosticaron un verdadero desastre. Afirmaban que, incluso si llegaban hasta la meseta, no podrían solucionar los problemas de abastecimiento y mantenimiento. Pero Milia era un intrépido. Durante la guerra de Corea, había mandado sus carros en montañas más altas y difíciles que cualquiera de las de Vietnam. Tenía además calificaciones técnicas muy importantes, entre ellas la especialización en ingeniería.

CAPÍTULO 79

Desde su llegada a Vietnam, Milia había dedicado muchas horas a intentar mejorar los ineficientes sistemas logísticos referidos a las unidades blindadas. Resolvió el problema con su propio batallón convirtiéndo una de sus unidades de infantería mecanizada, la Compañía D, en una Compañía de apoyo logístico. A pesar de reducir su potencia de fuego, esta medida quería servir para asegurar que siempre hubiese combustible y municiones a mano. En la operación siguiente, la Compañía D jugó un papel de vital importancia.

El apoyo de los Chinook

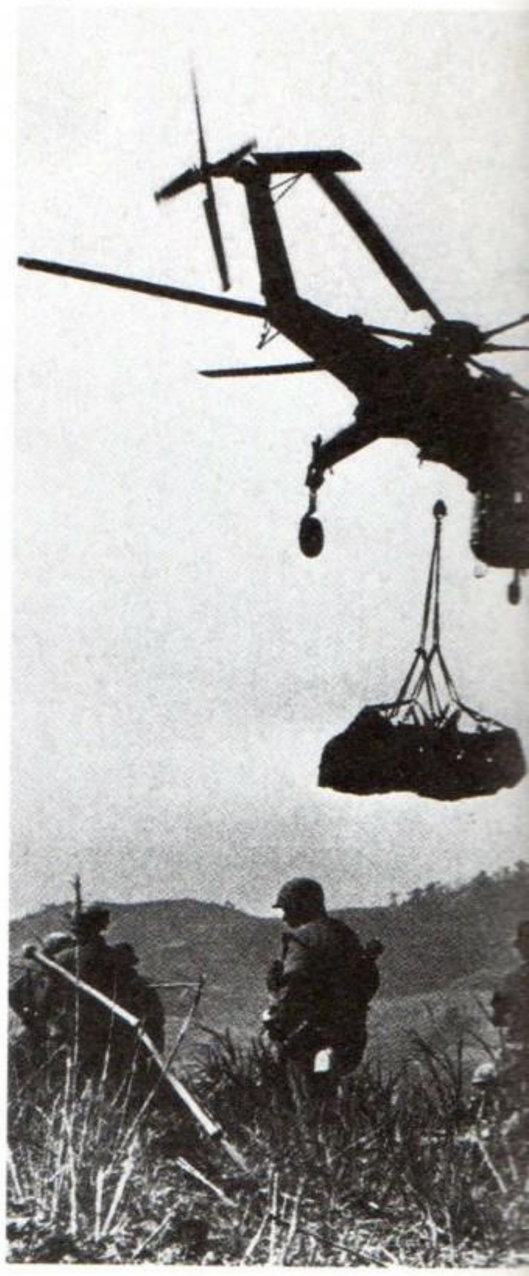
Tan sólo 72 horas después de la entrevista con Stilwell, Milia había organizado una agrupación operativa polivalente e integral. Contaban con los carros M48 Patton y con los TOA M113 de la infantería mecanizada del 1er batallón. Estaban reforzados con baterías de piezas de artillería y morteros autopropulsados: M108 de 105 mm, M42 de 40 mm y morteros M106 de 107 mm. El mantenimiento, la ingeniería y la construcción estaban a cargo de dos enormes carros posapuentes M60, secciones de vehículos de recuperación M88, carros de combate de zapadores M728 y excavadoras D7E. La logística seguiría estando a cargo de la Compañía D del capitán Emerson Addington, cuyos M113 deberían ser abastecidos cada día por un servicio de helicópteros Chinook. Aparte de eso, Milia rechazó el apoyo aéreo. Si la operación tenía éxito, serían los carros y no la caballería aérea quienes obtendrían la victoria. La fuerza operativa Remagen sumaba 1 500 hombres 86 vehículos de diez tipos diferentes, una fuerza que según estimaba Milia necesitaría por lo menos 13 salidas de aprovisionamiento de los Chinook por día y un mantenimiento prácticamente permanente. Tanto a los hombres, como a los sistemas y las máquinas, se les exigiría al máximo.

Un progreso lento

El avance fue metódico. La madrugada del 17 de marzo, la sección de exploradores del 1.er Batallón, acompañada de los posapuentes y las excavadoras, salieron de Ca Lu en dirección oeste hacia la Carretera 9. Al principio, el suelo era bastante firme. La sección de exploración reconocía y registraba todos los lugares propicios para emboscadas y peinaba el camino para detectar la presencia de minas, proporcionando protección a las excavadoras y quitando todos los obstáculos del camino, mientras los ingenieros iban reparando el firme. Al atardecer se había llegado al pie del escarpe. Milia trasladó sus M108 y M106 junto con una compañía de infantería mecanizada y estableció una base. Al amanecer del día siguiente, la fuerza continuó avanzando.

La marcha se hace difícil

La marcha se fue deteriorando con rapidez. La Carretera 9 seguía por una profunda garganta al borde



EL COMPLEJO MILITAR-INDUSTRIAL

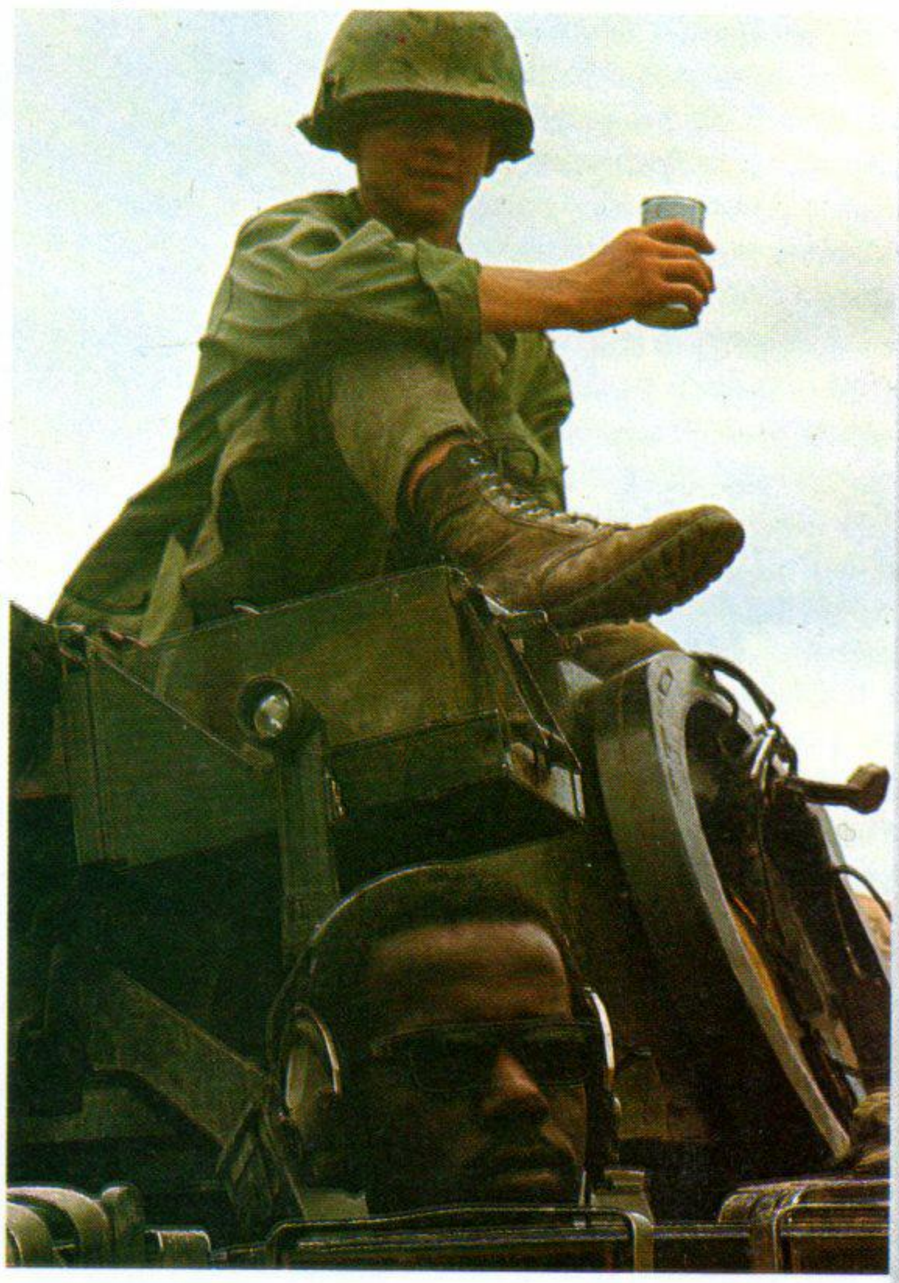
La guerra de Vietnam hizo posible la obtención de grandes beneficios económicos. ¿Es cierta la teoría de que el complejo militar-industrial era sólo un monstruo que incitaba a las guerras para mantenerse indefinidamente?

La dependencia tecnológica de Estados Unidos para luchar en Vietnam resultaba muy conveniente para las firmas encargadas de fabricar las armas apropiadas. Los contratos firmados a raíz de la guerra produjeron enormes beneficios —en 1972, por ejemplo, se destinaron más de 10 000 millones de dólares a reponer los aviones perdidos en Vietnam— y, en las circunstancias apropiadas, podían extraerse sustanciosos fondos gubernamentales para apoyar la investigación de nuevas o mejores tecnologías armamentísticas. Muchas de las compañías involucradas tenían contactos en la administración y el Pentágono y, por lo tanto, estaban en excelente posición para influir en las decisiones y asegurar la adopción de nuevas ideas, por arriesgadas que fuesen. No es de extrañar, entonces, que este complejo militar-industrial fuese acusado de crear falsas expectativas que sólo servían para promover estrategias impracticables. Son muchos los que creen que la influencia de las compañías armamentísticas fue nefasta, que eternizaron una guerra sin salida e incitaron a los militares a adoptar respuestas cada vez más destructivas al ataque enemigo.

Hay algo de verdad en todo esto. Para citar un ejemplo entre los muchos que hubo, las promesas realizadas entre 1966 y 1967 sobre la efectividad de los sensores sin duda influyeron en la decisión de MacNamara de insistir en su "Línea" de bases estacionarias al sur de la zona desmilitarizada, aunque los marine defendieran una estrategia más móvil. Pero el argumento del complejo militar-industrial no puede llevarse tan lejos. De hecho, no se puede asegurar que tuviera un gran impacto en la prosecución de la guerra. En 1965, cuando comenzó el compromiso de las fuerzas norteamericanas en Vietnam, muchas firmas no estaban interesadas en la guerra y argumentaban que si en realidad iba a ser tan corta como se decía, cualquier inversión en la producción de armas de guerra sería una pérdida de dinero, puesto que se desviarían recursos del *boom* consumista, que garantizaba beneficios a largo plazo. En este sentido, el efecto sobre la estrategia estaba menos definido, aunque probablemente podría haber ayudado a forzar a los militares a reconocer las limitaciones del conflicto de Vietnam. Si el complejo militar-industrial no se moviliza, la guerra, por definición, será restringida.

US Army

Tim Page



Arriba, izquierda: Como una enorme libélula mecánica, un CH-64 lleva suministros a las fuerzas en tierra. Arriba, centro: Suspendido en estacionario, un Sea Knight CH-46 entrega su cargamento. Arriba: Mientras su compañero se protege con gafas de sol, un soldado se dispone a apurar una lata de cerveza. Izquierda: En la espesura de la selva vietnamita, un carro de reconocimiento M551 Sheridan se detiene a esperar.

Tim Page

LOS CONTRATOS CIVILES

La rápida expansión de las fuerzas estadounidenses en Vietnam a partir de marzo de 1965 exigió un gran esfuerzo a los servicios de apoyo existentes, pero muy pronto se hizo evidente que el Ejército solo no podría cubrir las necesidades. Las firmas civiles ya se utilizaban para complementar los esfuerzos del Ejército. En mayo de 1966, se regularizó el proceso con la creación de la *Agencia de Obtención de Armas* para Vietnam, encargada de negociar y administrar todos los contratos civiles.

Las compañías civiles proporcionaban una amplia variedad de servicios que iban desde el traslado de los soldados por vía aérea al lavado de la ropa, pero los contratos verdaderamente importantes se adjudicaron en tres áreas diferentes. La primera en importancia era la relacionada con las reparaciones y servicios: las empresas civiles instalaban y mantenían todos los servicios de los campamentos y bases, además de proporcionar equipos de reparaciones para que se encargaran de los medios instalados, tales como generadores y refrigeradores.

La segunda estaba relacionada con la energía eléctrica, de suma importancia puesto que Vietnam del Sur carecía de capacidad para abastecer la gran demanda del Ejército norteamericano.

La tercera área de contratación era la relacionada con el abastecimiento de combustible. El Ejército tuvo la suerte de que tres compañías (Esso, Shell y Caltex) tuvieran refinerías en Saigón, y éstas fueron contratadas para abastecer derivados del petróleo a toda la superficie de Vietnam del Sur. Lo más dificultoso era el transporte, y las cuadrillas de las empresas civiles de transporte, como la Equipment Inc., la Philco Ford y la coreana Han Jin, tuvieron que ser contratadas especialmente.

Todo eso costaba mucho dinero —en 1968-69, la Agencia de Obtención hizo contratos por más de 500 millones de dólares— y requería la presencia de más de 50 000 civiles dentro de la zona de guerra. No obstante, sin ellos, el esfuerzo militar de Estados Unidos en Vietnam hubiese resultado imposible de mantener.

CAPÍTULO 79

del escarpe y había que ascender por una pendiente de 45° de desnivel, a través de una serie de curvas muy cerradas. Aquél era el "Callejón de la Emboscada", conocido desde el asedio a Khe Sanh el año anterior. Las excavadoras, seguidas de los enormes carros posapuentes, avanzaban empujando rocas caídas al camino. A la derecha tenían el despeñadero y, a la izquierda, la garganta con varios cientos de metros de profundidad. En muchos puntos, el sendero era tan estrecho que ni siquiera podían pasar las orugas de los carros posapuentes hasta que las excavadoras rompían la pared del despeñadero. A 300 m de altura y a 2 km del umbral de la meseta les esperaba el mayor obstáculo. En ese punto, la garganta del río giraba abruptamente hacia el norte, pero la Carretera 9 continuaba hacia el oeste y atravesaba el río, profundo y caudaloso. O mejor, hubiera debido atravesarlo, porque los soldados nordvietnamitas habían destrozado por completo el puente. Toda la sección estaba tensa mirando cómo el casco posapuentes tendía su propio puente hacia adelante. De pronto, estallaron gritos de júbilo; el puente llegó hasta la otra orilla del río con sólo un poco más de 1 m de margen. Ahora la única preocupación era el Ejército de Vietnam del Norte.

Un paisaje lunar

Al atardecer del 18 de marzo, el teniente Goldsmith, comandante de la sección de exploración, había llegado al borde de la meseta. Tras él se encontraba "uno de los valles más bellos de Vietnam". Tenía ante sus ojos un paisaje lunar. El suelo, completamente acribillado por las bombas de los B-52, estaba completamente pelado; había minas, bombas sin explosionar, fortificaciones, alambres de espino y paracaídas esparcidos por todas partes.

Con la ruta que bordeaba la meseta ya asegurada, el grueso de la fuerza operativa Remagen reemprendió su marcha a las 08,00 horas del día 19 de marzo. Previendo posibles emboscadas o fallos mecánicos, Milia ordenó la marcha de modo que los vehículos del mismo tipo fueran juntos; de esta forma, si alguno se averiaba, otro podía empujarlo o ayudar en la reparación. No obstante, gracias a la cuidadosa preparación, el avance continuó sin incidentes. La fuerza operativa llegó a las ruinas de Khe Sanh a las 00,13 horas del mismo día. Durante la tarde, Milia trasladó sus fuerzas de cobertura hasta la parte superior de la meseta y, poco después del atardecer, un carro posapuentes desmontó el puente del río Quang Tri. Las líneas de comunicación estaban cortadas. La fuerza operativa Remagen se encontraba en medio de un país hostil y sólo dependía del abastecimiento aéreo.

Arrasar la jungla

Las tropas del Vietcong y del Ejército de Vietnam del Norte que se encontraban en la meseta, que no se esperaban aquella repentina aparición de tropas enemigas, se dirigieron hacia el oeste, atravesando el río Xe Pon para cruzar a Laos, en busca de la protección de los montes Co Roc. El propósito de Milia era seguir al Ejército nordvietnamita hasta atraerlo al combate pero, en cambio, recibió órdenes de dirigirse hacia el sur, hasta el Xe Pon, para interceptar la Carretera 926, controlada por los nordvietnamitas.

Tim Page

Tim Page

Los 20 km de camino hacia la Carretera 926 a través de la densa jungla, constantemente observados y atacados por el enemigo desde los montes Co Roc, constituyeron la parte más peligrosa de la operación. Las excavadoras abrían el camino al equipo pesado mientras los carros y los M113 se iban abriendo paso por su cuenta.

El fin del experimento

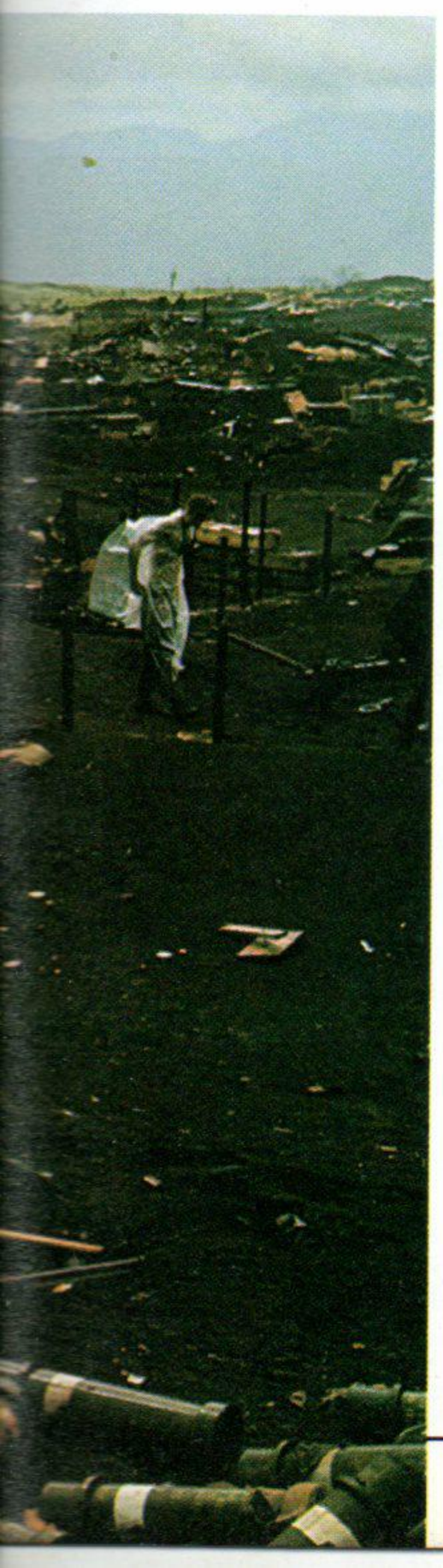
Finalmente, llegaron a la Carretera 926 el 26 de marzo, cinco días más tarde. Durante los siguientes cuatro días, la fuerza operativa Remagen llevó a cabo numerosas operaciones de búsqueda y destrucción, cubriendo un área de aproximadamente 100 km^2. Pero los contactos que hicieron con el enemigo fueron pocos y espaciados. El 30 de marzo, la agrupación táctica se retiró hacia Khe Sanh a lo largo del río Xe Pon.

Gracias al sistema logístico y de mantenimiento de Milia, la fuerza operativa no tuvo que abandonar ningún vehículo por avería, a pesar del terreno y de que siguieron operando independientemente de las líneas de comunicación terrestre. Y, aunque 50 de sus 86 vehículos sufrieron fallos mecánicos importantes, pudieron ser reparados siempre en menos de dos horas.

Tampoco la logística limitó el concepto operacional de Milia. Durante los 43 días que duró la operación, un promedio de 15 vuelos diarios de los Chinook transportaron más de 1 000 toneladas de provisiones. Además de componentes mecánicos importantes, la fuerza operativa recibía más de 80 000 litros de combustible, 18 000 proyectiles de artillería y 225 000 cartuchos de armas portátiles.

A pesar de que desde el punto de vista estrictamente militar la agrupación operativa Remagen consiguió poco, como experimento para probar una teoría fue un verdadero éxito.

Arriba: Lluvia y tierra roja. Dos soldados se protegen de las inclemencias del tiempo.



Izquierda: Una atractiva "mesa" constituye el punto central de esta vista de una base artillera. Las vainas, maderas y demás restos dan un aspecto caótico a la que en realidad fue una operación muy bien organizada y meticulosamente preparada.

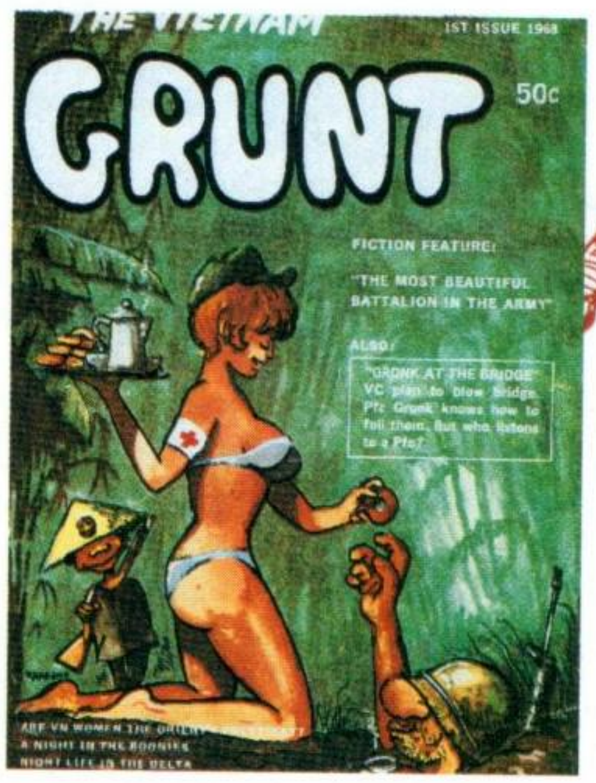
LA LOGÍSTICA DE EE UU

Durante el período de participación activa en Vietnam, prácticamente todos los suministros necesarios debían importarse de Estados Unidos, a una distancia de alrededor de 16 000 km. La dimensión de estas operaciones era impresionante: sólo entre 1965 y 1969, alrededor de 22 millones de toneladas de carga y unas 14 toneladas de petróleo fueron trasladados a través del Océano Pacífico; casi todos los cargamentos iban en barcos mercantiles. Las provisiones, que llegaban a puertos como Saigón, Qui Nhon o las instalaciones construidas especialmente en la bahía de Cam Ranh, eran descargadas, almacenadas y distribuidas, lo que creaba un "conducto" logístico muy complejo, empeorado por la existencia de líneas paralelas de abastecimiento para la Armada y la Fuerza Aérea.

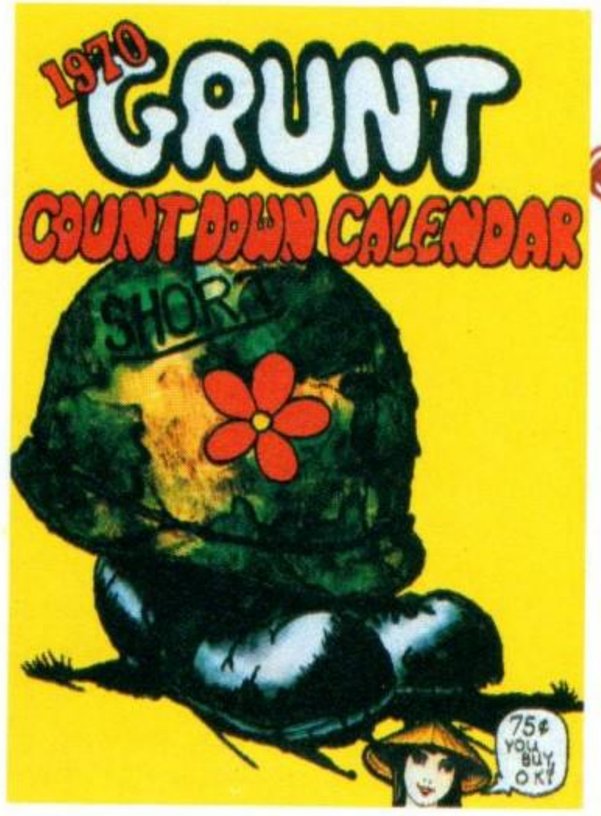
El traslado de suministros en Vietnam del Sur estaba coordinado, al principio en Saigón y luego (después de 1969) en Long Binh, por el 1.er Mando Logístico del Ejército. Su puesta en funcionamiento tuvo lugar en abril de 1965 y solucionaba los problemas con mucha eficacia. La infraestructura de abastecimiento existente en Vietnam era dificiente: los puestos no tenían fondeaderos con profundidad suficiente, los depósitos prácticamente no existían y las líneas de ferrocarriles así como las carreteras eran rudimentarias y propicias para ataques de la guerrilla. Llevó unos 18 meses construir un sistema apropiado.

En un principio, la red empleaba transporte costero y fluvial, pero este sistema perdió eficacia cuando aumentó la presencia de tropas norteamericanas (y aliadas) en el interior del territorio. Algunos de los suministros de primera necesidad podían transportarse por aire, aunque la flota de aviones y helicópteros del Ejército tenía mucha demanda. Tenían que usarse las carreteras y ferrocarriles, siendo las primeras las más eficaces. En 1968, el Ejército y las compañías civiles de transporte trasladaban alrededor de un millón de toneladas de provisiones por mes a las diversas áreas de Vietnam en convoyes.

LA PRENSA LIBRE



Ken Sams

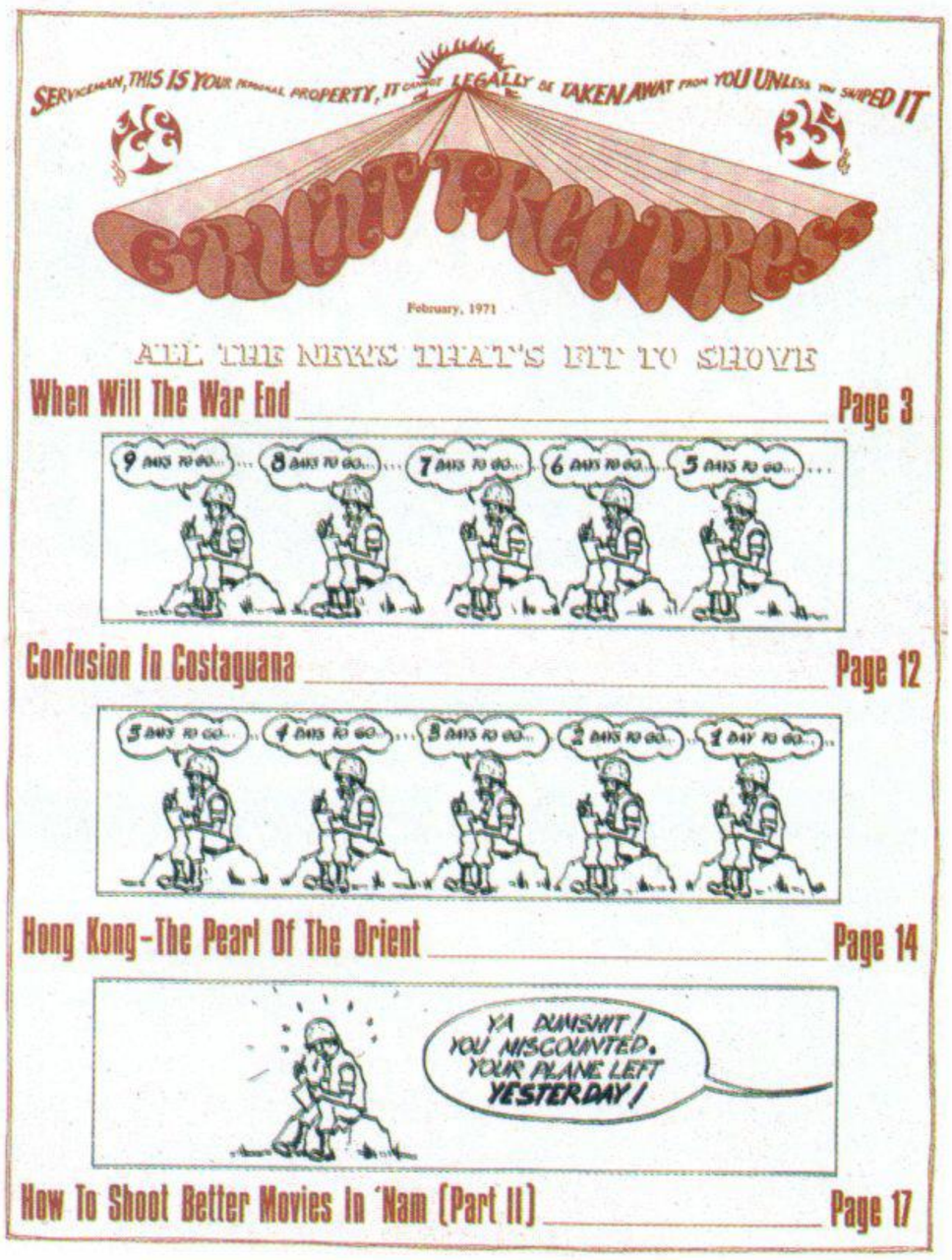


Ken Sams

CAPÍTULO 80

Ken Sams prepara actualmente un libro sobre la prensa extraoficial y sus experiencias durante la guerra.

Ni propaganda del gobierno ni tampoco un panfleto contra la guerra: la Grunt Free Press (Prensa Libre del Soldado) intentaba dar a la tropa una visión humorística de aquel terrible conflicto, sacar punta a los tópicos de la vida y la muerte en Vietnam



Ken Sams

Ken Sams

Extremo izquierdo: Portadas de *Grunt* y *Grunt Free Press*. Ilustración central: Una de las atractivas y psicodélicas páginas centrales de Tran Dinh Thuc. Obsérvese el símbolo de la paz. Izquierda: Muchas veces, los mismos soldados contribuían con artículos y dibujos. Arriba: Una de las historias que aparecían en la contraportada.

Fue en 1969 cuando *Grunt*, la revista que había estado publicando para las tropas norteamericanas en Vietnam, se volvió hippie y se convirtió en la *Grunt Free Press*, El arte se volvió psicodélico, los artículos más lanzados, los desnudos más explicitos, el humor más negro y el tono de las editoriales más crítico con las ordenanzas del Ejército.

Llevaba ya tres años como jefe del equipo CHECO (*Evaluación Histórica Contemporánea de las Operaciones de Combate*) de la Fuerza Aérea, cuando se me ocurrió por primera vez la idea de hacer una publicación extraoficial para los soldados. Esto fue en 1967. La guerra necesitaba una carcajada y yo también. Mi idílica vida al mejor estilo colonial francés en Vietnam estaba empezando a peligrar. La ciudad estaba llena de tropas estadounidenses y de civiles y aventureros de todas partes. También el campo de batalla se estaba llenando de gente: cientos de soldados bajaban por la ruta Ho Chi Min y llegaban sin cesar divisiones norteamericanas de todo el mundo. Más armas, más aviones, más bombas, más operaciones.

Poemas, chistes y desnudos

El general Westmoreland estaba a punto de ser víctima de una trampa al mejor estilo de Dien Bien Phu, en Khe Sanh. Los vietcong se estaban infiltrando en Saigón, preparándose para la Ofensiva del Tet. Y yo estaba en mi oficina, en Tan Son Nhut, escribiendo informes oficiales de la Fuerza Aérea que me iban convenciendo lentamente de que la única forma de ganar aquella guerra era inventar un tipo de guerra que, si se tiraba en medio del Yankee Stadium, liquidara sólo a los italianos entre toda una multitud.

Necesitaba algo para compensar todos aquellos disparates sobre bombas que estaba escribiendo. Un par de libros de humor y unas tiras cómicas que había escrito el año anterior se vendían bastante bien en los puestos norteamericanos de prensa oficial de todo Vietnam, así que decidí hacer una revista. La bauticé *Grunt* y decidí que en vez de recorrerme todos los bares de Saigón después del trabajo, me quemaría las pestañas haciendo tiras cómicas, *graffiti*, desnudos y poemas en forma de revista, tal como hubiera hecho Hugh Hefner de *Playboy*. Quería dirigirla a los soldados, darles en la revista cosas con las que se sintieran identificados. Pagué a un par de tipos de un puesto de prensa ofi-

cial norteamericana para que se encargaran de la impresión y distribución.

Impresa en Tokio, la revista contenía 50 páginas de material humorístico no violento. Había chicas vietnamitas en posturas eróticas, chicas que supongo habrán estado después de la guerra en los campos de reeducación de Vietnam: "¡Tú posaste así en la revista *Grunt*! Un par de golpes". Teníamos una tira cómica en la que se veía a unos marine que llegaban a la playa de Da Nang y, entre chicas en biquini, uno de ellos decía: "¿Estás seguro de que es aquí donde tenemos que atacar?" Había también una columna de consejos. *Pregunta*: "Soy un buen chico. ¿Cómo puedo hacer para conocer a una chica vietnamita fuera de los bares?" *Respuesta*: "Pues entra en un bar y dile a una chica que te espere fuera". El título de la foto de un locutor de radio del Vietcong decía: "El resultado de nuestro ataque al economato Cholon ha sido la captura de 28 000 toneladas de arroz, con lo que se ha conseguido dejar sin comida a una división de norteamericanos durante todo un año".

Era este tipo de cosas lo que se publicaba; nada del otro mundo y nada radical. No obstante, me estaba metiendo en un terreno peligroso. A pesar de que en ningún momento descuidé mis tareas oficiales, aparecieron fantasmas en mi despacho. Registraron mi apartamento y sobornaron a mi asistenta en busca de algo con lo que poder presionarme.

No se permitía morir a nadie

En febrero de 1968, se distribuyeron 10 000 copias de *Grunt* por los puestos de prensa. Fue todo un éxito, se agotaron todos los ejemplares en un momento. Los soldados comenzaron a enviar poemas, dibujos y fotos. Aparecieron artistas por todas partes ofreciéndome sus servicios. No me costó mucho comenzar a publicarla mensualmente y, del tercer número, se tiraron 30 000 copias. No me proporcionaba ganancias pero, en aquel momento, no lo hacía por dinero.

Para mí, *Grunt* era una terapia. Escribiera lo que escribiera en mis informes oficiales, no podía comunicar lo que creía. Se podía bombardear Vietnam del Norte hasta dejarlo como en la Edad de Piedra o incluso peor, pero eso no acabaría con el francotirador del Vietcong del final de la pista de Ta Son Nhut que, probablemente, trabajaba de día como barbero de las tropas norteamericanas; ni con las chicas vietcong de los bares, que usaban sus artimañas para sacar secretos a los soldados, o con las mujeres vietnamitas que introducían droga en los cuarteles. Mi finalidad como editor de *Grunt* era escribir sobre cualquier cosa de la guerra que me resultase divertida, y eso incluía la propia guerra. *Grunt* equilibraba la balanza de mi trabajo en el CHECO y me permitía seguir cuerdo.

En 1969, hice una visita a mi hijo hippie en Londres. Cuando volví, cambié el formato por uno de periódico pequeño en papel barato, como los diarios clandestinos que había en "el mundo". El *Grunt Free Press* comenzó a imprimirse posteriormente en Saigón; se encargaba de hacerlo un oficial de la Fuerza Aérea sudvietnamita que tenía acceso a una imprenta de la Agencia para el Desarrollo Internacional. En el *Grunt Free Press* no moría ningún soldado en las historias, tiras cómicas o dibujos. Hasta un vietcong prisionero podía reirse un rato con la revista. Ése era el tipo de publicación que yo pre-

Ken Sams

Grunt Free Press **constaba de historietas y fotos de chicas atractivas (izquierda y página anterior). La publicación mostraba ambos bandos, y muchas veces utilizaba otros personajes de *comic*, como "Mad" de Alfred E. Newman (abajo).**

¿REALIDAD O PROPAGANDA?

Cuando el soldado medio de Vietnam quería saber cómo iba la guerra, leía el periódico oficial del Ejército. Pero ¿se enteraba realmente de lo que estaba ocurriendo?

Los periódicos de las Fuerzas Armadas no eran nada nuevo. Durante la Primera Guerra Mundial, aparecieron numerosas publicaciones oficiales y semioficiales entre las tropas británicas, como el *The Wipers Times*; mientras que se multiplicaron en todos los ejércitos durante la Segunda Guerra Mundial. La unidad de Publicaciones del Ejército británico producía el *Union Jack* y los norteamericanos el *Yank*, que en 1945 se conseguía en todo el mundo, y *Roundup* en China, India y Birmania. Las fuerzas norteamericanas en el Mediterráneo tenían el *Stars and Stripes*, de publicación diaria, que también aparecía semanalmente en otros lugares. Este último siguió siendo la publicación oficial más importante después de 1945 e informaba sobre la guerra en el Sudeste asiático. De hecho, en el primer ejemplar publicado después de la Segunda Guerra Mundial (3 de octubre de 1945), había un informe sobre un inminente enfrentamiento entre las tropas francesas y el Viet Minh. Entre los titulares figuraba lo siguiente: "Dos norteamericanos, muertos por terroristas en Saigón" (las primeras bajas estadounidenses, 1959); "Inminente victoria vietnamita" (el pronóstico de un general norteamericano, 1963); "Tres lanchas PT atacan un buque de guerra norteamericano" (incidente del golfo de Tonkín, 1964) y "Retirada de 25 000 soldados ordenada por Nixon" (1969).

No cabe duda, sin embargo, de que *Stars and Stripes* reflejaba la versión oficial de la guerra y, generalmente, estaba a favor de la administración del momento. Una queja común entre los soldados era que la revista se censuraba antes de su llegada a los campos de batalla de Vietnam del Sur. Así que no resultaba extraño que hayan aparecido tantas publicaciones clandestinas en la guerra de Vietnam con la finalidad de contar lo que realmente estaba pasando.

Aunque, entre 1967 y 1972, circulaban por Vietnam un mínimo de 245 periódicos clandestinos, muy pocos pasaron del primer número y su lectura era muy limitada. Como resultado, la principal fuente de información para los soldados seguía siendo el *Stars and Stripes*, con todas las manipulaciones que una publicación oficial lleva consigo.

CAPÍTULO 80

Ken Sams

"Estos americanos y sus condenados aires de superioridad."

tendía. Después de un día entero escribiendo sobre bombardeos en Vietnam del Norte, Camboya, Laos y ataques constantes, era un alivio volver a mi apartamento y dibujar una historieta mostrando una bomba norteamericana en la ruta Ho Chi Minh, haciendo "tic-tac" al lado de un vietcong aterrorizado y un muñeco de resorte que sale de dentro de la bomba con un cartel que dice: "Has picado".

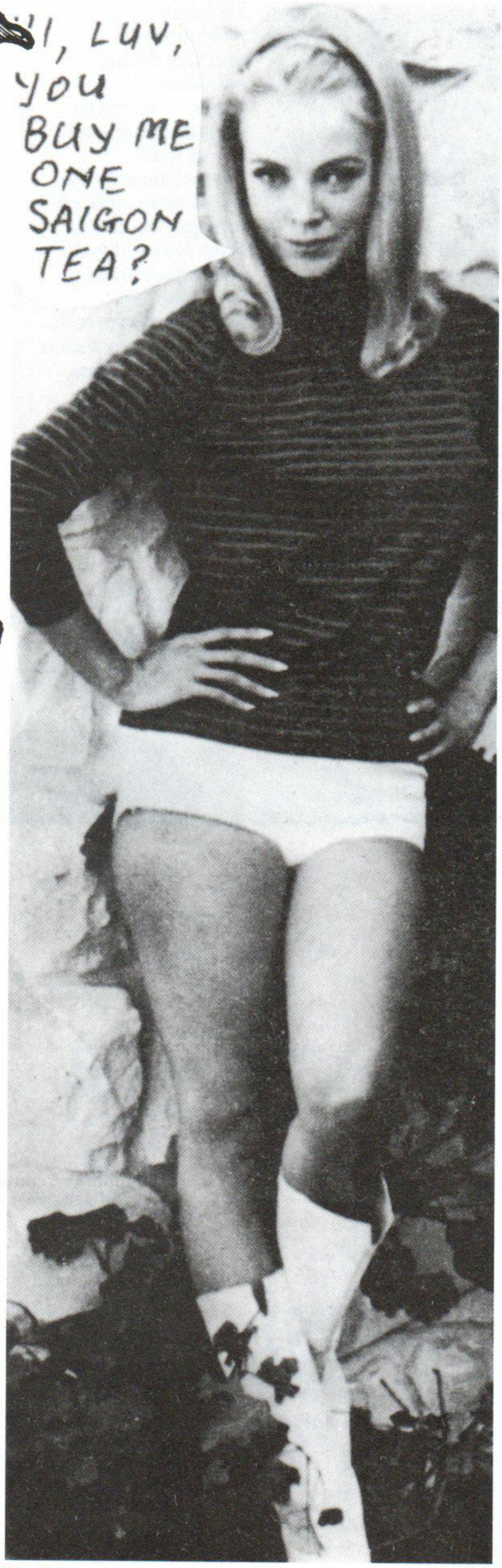
Pero, aparte de las bromas, ¿qué más se podía poner en una revista para soldados que pasaban un año entero en un país que ellos mismos describían con el *graffiti* más común de Vietnam: "OEPM" (Odio Este País de Mierda)?

Reclutábamos artistas

Al principio, había fotos de chicas desnudas que compraba a una agencia de fotos de Tokio a un dólar cada una. Especialmente tetas orientales; a las chicas de ojos redondos las dejaba para el *Playboy*. Los soldados tenían sólo una semana de Descanso y Recreo al año en Vietnam. Con excepción de unos pocos santurrones, de esos fieles a sus esposas y novias, los chicos no querían pasarse todo el permiso pagando en los prostíbulos de Bangkok o Hong Kong, preferían acostarse con chicas asiáticas.

El sexo no estaba reservado sólo a la semana de permiso. Se encontraban con chicas en los bares y salas de masaje, además de aquellos ubicuos "lavaderos de coches", donde un soldado con vehículo podía entrar y recibir un "servicio completo".

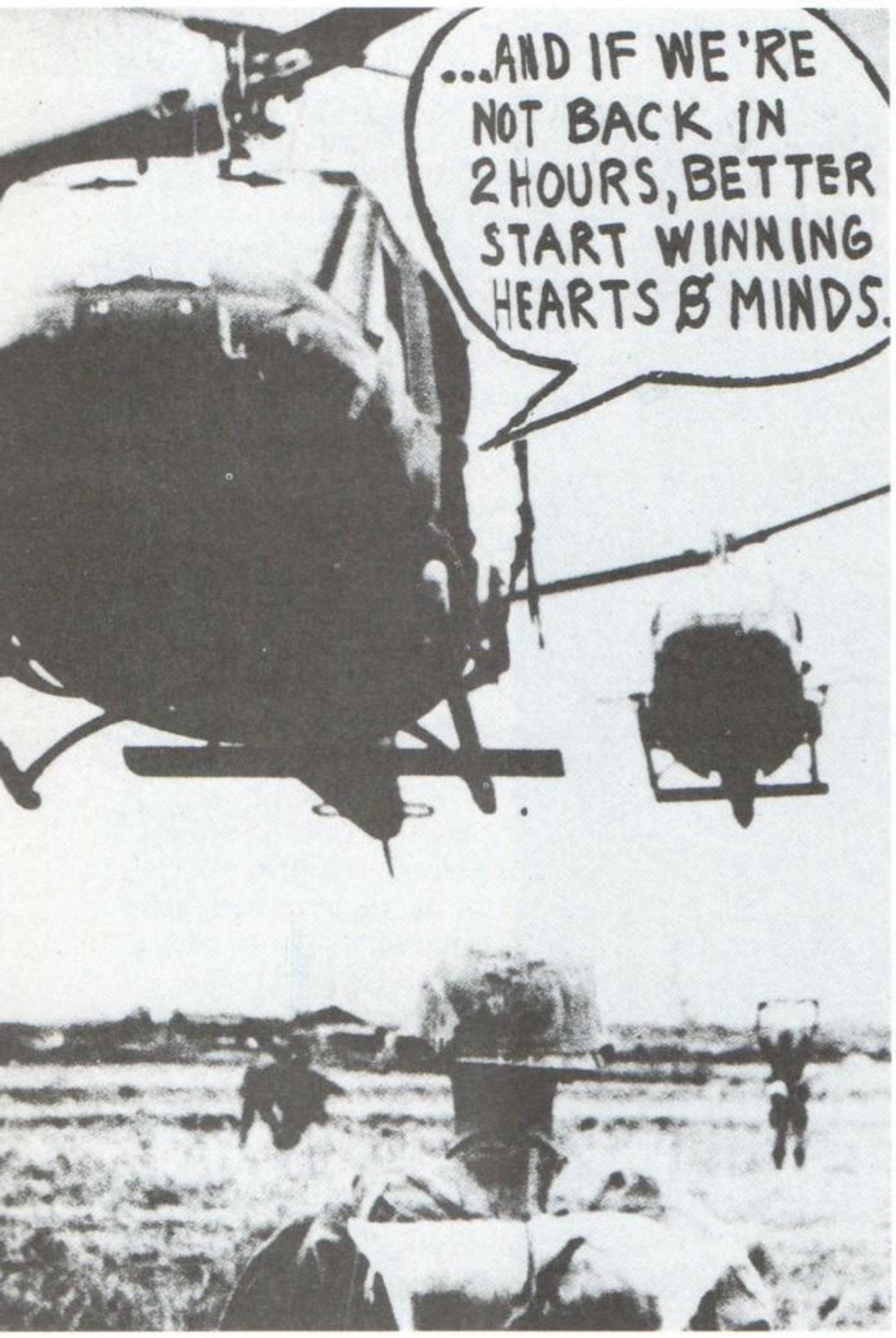
La página central era siempre un póster psicodélico a doble página, hecho por artistas innovadores, iguales a los que los niños hacen en las paredes a la salida del colegio. La mayoría estaban inspirados en la paz. Muchos incluían el signo de la paz y misteriosos mensajes escritos con letras psicodélicas. Todos contenían un desnudo.



Ken Sams

Ken Sams

Ken Sams



Ya fuera para ridiculizar la política de los militares norteamericanos (izquierda) o para ver el lado humorístico de los constantes peligros (abajo), la *Grunt Free Press* ofrecía una alternativa a los soldados desilusionados con publicaciones como *Stars and Stripes*, que contaban la versión oficial de los hechos y no reflejaban los sentimientos de quienes combatían en las selvas.

Ken Sams

Abajo: La *Grunt Free Press* solicitaba la contribución de los soldados para poder reflejar así todos los puntos de vista.

Ken Sams Ken Sams

Los enfrentamientos entre soldados profesionales y de leva eran también un tema candente. A los jóvenes reclutas, muchos de los cuales acababan de salir de la instrucción básica, no les gustaban los soldados profesionales. Un *graffiti* resumía estas diferencias con las siguientes palabras: "Ésta es una guerra hecha por quienes no la desean, mandados por incompetentes y en la que se muere para los desagradecidos".

También estaban las disputas entre negros y blancos. La situación se había vuelto tan delicada que, cuando Martin Luther King fue asesinado, la televisión de las Fuerzas Armadas no pasó otra cosa que su retrato durante tres días. En la portada de *Grunt Free Press*, pusimos un dibujo en el que un negro y un blanco tienen una pierna cada uno metida en un mismo pantalón y ambos tiran para quedarse con él. El blanco está diciendo "Oye y ¿por qué estamos peleando? y el negro responde "No lo sé, lo he olvidado".

La *Grunt Free Press* podía también echar una ojeada más alla de las trincheras. Investigamos administraciones fraudulentas de los suboficiales, la mafia caqui y la mafia real, contrabandistas, contratistas deshonestos, traficantes de armas y de narcóticos: todos los estafadores que habían llegado a sacar de Vietnam un total de alrededor de 20 millones de dólares. Investigamos sobre el corrupto gobierno de Vietnam, en el que un hombre podía convertirse en la autoridad máxima de una provincia si hacía que su mujer perdiera 45 000 dólares jugando al póquer con la mujer del jefe.

El rock and roll vietnamita

El último año de publicación del *Grunt Free Press*, la revista se hizo muy popular entre los estudiantes de Saigón. Hubo un tiempo en que venían más de 100 estudiantes a mi apartamento y nos poníamos a bailar con los últimos discos de los Beatles o de los Stones que me enviaba mi hijo desde Londres. Cuando comencé a conocer a aquellos muchachos, quise reflejar sus ideas, cosas como: "Antes de que empezarais a bombardear el Norte, aquí no había nordvietnamitas... Cuando vosotros ya no estéis aquí, ellos no tendrán motivo para quedarse..."

Hice un reportaje fotográfico sobre un grupo hippie de *rock and roll* vietnamita —con pelo largo, collares e insignias de la paz— que cautivaba a los soldados en un club en Plantation Road, cerca de la base de Tan Son Nhut. Se llamaban CBC, un nombre clave que los vietnamitas usaban para la palabra paz. En parte gracias al *Grunt Free Press*, se hicieron muy populares entre los jóvenes vietnamitas que representaban lo más parecido a un movimiento pacifista hippie que podía encontrarse en Saigón. Dos meses después del reportaje, estalló una bomba en el escenario del club donde estaban tocando. La cantante perdió una pierna. Aquello significó el fin del *rock and roll* vietnamita y cortó de raíz el movimiento de las flores en Saigón.

A pesar de los esfuerzos de un poderoso sindicato mafioso en Vietnam para apoderarse de la revista y de los intentos del MACV de prohibirlo, pude seguir publicando *Grunt Free Press* hasta mi retirada de Vietnam en 1971.

Hoy, casi dos décadas más tarde, estoy convencido de que es más fácil descubrir por qué perdimos la guerra de Vietnam en las tiras cómicas y relatos de la revista que en los informes oficiales.